UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO
BIBLIOTECA HISTORIA
Paseo Valle Nº 396 - Casilla 4059
VIÑA DEL MAR

# SEMANAS DE ESTVDIOS ROMANOS

INSTITUTO DE HISTORIA
VICE-RECTORIA ACADEMICA
OFICINA DE PROMOCION Y DESARROLLO

VOLUMEN III y IV

1986

## EN HOMENAJE AL PROF. DR. CARLOS A. DISANDRO.

PROFESOR EXTRAORDINARIO DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y EDUCACION DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO.

EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAISO

UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO

Antonio Arbea
Marco Baistrocchi
Raúl Buono-Core V.
Jesús Burillo
Nicolás Cruz B.
Vittorio Di Girolamo
Carlos A. Disandro
Adolfo Etchegaray C., SS.CC.
Claudio A. Ferrari P.
R.P. Jorge González F., S.I.
Giuseppina Grammatico A.
Walter Hanisch S.I.
Héctor Herrera Cajas
Cesare Letta
Mirko Skarica
Romolo Trebbi del Trevigiano

© Universidad Católica de Valparaíso, 1987
Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile
Casilla Nº 1415 - Valparaíso

Derechos reservados
Edición de 300 ejemplares

Dirección de Arte:
Allan Browne E.

Diseño:
Guido Olivares S.
Rosa María Fuenzalida B.

Ayudante de Diseño:
Paula Lira Venegas

Fotografía:
Juan Hernández T.

Impresión al cuidado de
PROGRAM Ltda.
Plaza Justicia 45 Of. 709
Valparaíso

HECHO EN CHILE
PRINTED IN CHILE

Valle N° 396 - Casilla 4059
VIÑA DEL MAR

# ENNIO, POETA FUNDANTE*

DR. CARLOS DISANDRO
*Universidad Nacional de La Plata,*
*Argentina.*

Los textos de Ennio[1], conocidos en su totalidad por tradición indirecta y reordenados por la filología moderna con el criterio de una recomposición de fragmentos, plantean cuestiones fundamentales que atañen a los orígenes de la poesía latina, a la articulación entre helenismo y romanidad, al temperamento específicamente itálico de una lengua, cuyos trasfondos líricos presentan sustanciales diferencias con el griego y con otras áreas indoeuropeas. Es así mismo Ennio un capítulo fundamental de las remociones rítmicas del latín, y por lo mismo un trámite invalorable, por donde la rítmica griega conquista una lengua y reabre un campo semántico, que es en cierto modo una coronación espiritual, de vastas consecuencias para el destino de Roma. Finalmente, la suerte de estos textos y obras, las contrapuestas tendencias que definen las aspiraciones culturales del período de Cicerón y Augusto y el irrevocable repliegue de aquellos versos fundantes en la perención, el olvido y al fin en su disgregación defintiva, ejemplifican como otros casos de la antigüedad, la contraposición de ciclos rítmicos que originan y sepultan, como

* Ponencia presentada en la *VII Semana de Estudios Romanos.* Realizada en 1979.

1 Damos aquí una bibliografía fundamental. ERNESTUS DIEHL, *Poetarum Romanorum Fragmenta Veterum Reliquiae* (Berlin, de Gruyter, 1935). E.H. WARMINGTON, *Remains of old Latin.* Vol. I. *Ennius and Caecilius* (London, Heinemann, 1956). F. SKUTSCH, *Ennius* en RE. V$^2$, col. 2589-2628. O. SKUTSCH, *Enniana* I (CQ. XXXVIII, pág. 79-86); *Enniana* II (CQ. XLII, pág. 94-104); *Enniana* III (CQ. X, 1960, pág. 188-198); *Enniana* IV *Condendae Urbis auspicia* (CQ. XI, 1961, pág. 252-267); *Enniana* V (CQ. XIII, 1963, pág. 89-100). JOAQUIN BALCELLS PINTO, *Ennio. Estudio sobre la poesía latina arcaica* (Barcelona, Ed. Estudio, 1914). J. TARNASSI, *Estudios Latinos.* Tomo I. *Los poetas del siglo VI de Roma* (Coni, Buenos Aires, 1939). E. TUROLLA, *Quinto Ennio e il primo periodo classico della letteratura latina* (Orpheus, fasc. I-II, gennaio-maggio 1956, pág. 66-73). ALBERTO GRILLI, *Studi Enniani.* (Brescia, Paideia, s/f. [Parece redactado hacia 1965]. ATHANASIOS KAMBYLIS, *Die Dichterweihe und ihre Symbolik* (Heidelberg, Winter, 1965). E. BIGNONE, *Storia della Letteratura Latina*$^2$, Vol. I. (Firenze, Sansoni (1946). Contiene el estudio más importante y equilibrado que conozco sobre Ennio y su significado poético). SCHANZ-HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur.* I. Teil (München, Beck, 1935). A. ROSTAGNI, *La Letteratura di Roma Repubblicana ed Augustea* (Bologna, Capelli, 1939); y *Storia della Letteratura Latina*$^3$. Torino, UTET, 1964). CLOVIS LAMARRE, *Histoire de la Littérature Latine.* En part. vol. I y II. (Paris, Lamani, 1901). W. S. TEUFFEL, *Geschichte der Römischen Literatur* (neu bearbeitet von W. KROLL - F. SKUTSCH). Band I (1916) (Aalen, Scientia Verlag, 1965). F. LEO, *Geschichte der Römischen Literatur* I. Ausgabe 1930 (Berlin, Weidmann, 1958). W. KROLL, *Studien zum Verständnis der römischen Literatur*$^2$ (Stuttgart, Metzler, 1964). A. CORDIER, *Les débuts de l'hexamètre latin. Ennius.* (Fac. des Lettres. Univ. de Lille. vol. VIII. Paris, 1947) (Cf. REL. 26, 1948, pág. 335-338). C. DUBOIS, *La métrique de Lucrèce comparée à celle de ces predécesseurs.* (Lille. Strassburg, 1933). A. MEILLET, *Esquisse d'une histoire de la langue latine*$^5$ (Paris, Hachette, 1948). JEAN COUSIN, *Etudes sur la poésie latine.* (Paris, Boivin, 1945). W.Y. SELLAR, *The Roman Poets of the Republic*$^3$, (Oxford, 1932), Chap. IV pág. 62/sgs.

en misteriosas generaciones espirituales, donde no sabemos qué resulta más dramático, si el alumbramiento o el ocaso. De cualquier modo la fuerza romana que Ennio elige como una ciudadanía de afincamiento histórico, sería ya gleba del ocaso, si el ritmo griego, incorporado por Ennio a ese afincamiento, no hubiese trocado aquella fuerza romana en ritmo fundante, descubriendo al mismo tiempo el sacro misterio de la fundación de Roma, eje de la historia, centro de referencia recapitulatoria, coronación del mundo, allende todos los ocasos. La obra de Ennio intermedia pues entre los orígenes absolutos y la plena conciencia romana de una historicidad universal. Antes que San Agustín y Orosio, antes que Polybio y Cicerón parecería que en un poeta se adensan las perspectivas de la historia. Y es curioso que sea un itálico latinizado, un mesapio romanizado, un griego lingüísticamente convertido a un arcaico latín de penumbrosas resonancias, el que provoca con tantos rasgos convincentes la unión del mito y de la historia y revela entonces en su verso las energías ocultas que hacen de la historia romana el último ciclo de los dioses. En este sentido, el príncipe Virgilio le debe la monarquía con que reina incontrastable, y Roma el nítido espacio de un lenguaje que es más que *lex, ius, mos, religio,* etc. En ese espacio el gesto de Roma, aunque injusto, reacomoda la armonía, como el cielo que cubre todos los cataclismos; y la gesta de Roma, dura, cruel y muchas veces terrible, reabre en las profundidades del hombre el sentimiento de una *humanitas* que sin el latín no podría haber incardinado en el mundo. De todo esto piensa Ennio, en todo esto arraiga su intuición del orden romano, para todo esto allana la ruda expectativa de aquellos labradores que replegaron por el norte la penumbra de Etruria y quebraron por el sur las tinieblas púnicas. Por ello en un lapidario hexámetro que conviene meditar con mayor empeño que el acostumbrado, Ennio proclama la singularidad romana, el carácter definitivamente incluyente del hombre romano:

*Fortes Romani sunt tamquam caelus profundus.*

No sabemos a qué libro de los *Annales* pertenece el hexámetro[2]. Sugeriríamos ubicarlo en el libro XV (originariamente el último libro de la obra), cuyo tema, la guerra etólica y el asedio de Ambracia, fue tomado de la experiencia que convivió el poeta con el conductor de la campaña M. Fulvio Nobilior (año 189 a.C.). De cualquier forma conocemos el verso por la cita de un gramático, que apunta el género masculino de *caelus.* Y es éste el primer punto notable: si suponemos que el género del vocablo era oscilante en el viejo latín ¿por qué elige Ennio la forma masculina?[3]. Virgilio, después de Lucrecio, ha recordado esta expresión hexamétrica, pero con otras intenciones y resonancias, y ha preferido el neutro, forjado ya al parecer en la lengua clásica. En la égloga IV.51.

*terrasque tractusque maris caelumque profundum*

y en la *Eneida,* 1.58. Pienso que el *caelus profundus* de Ennio es aquí el signo de la total actividad cósmica y no un mero principio abstracto de donde han de partir los sucesivos niveles del mundo. Lo que el *caelus profundus* es para el ordenamiento cósmico, lo son los *fortes Romani* para el misterioso designio de los hombres, para la história diríamos nosotros. Y así explicamos también la estructura del hexámetro, de una nitidez compara-

2 Frag.. 470, ed. WARM. [Los esforzados romanos son como el cielo profundo].

3 Pues en otra ocasión, estrictamente descriptiva al parecer, elige en cambio el neutro, frag. 205, ed. WARM. *Vertitur interea caelum cum ingentibus signis.* [Gira entretanto el cielo con sus vastas constelaciones].

tiva que en su ritmo casi coloquial abre sin embargo una perspectiva estética y lírica insospechada. Por un lado los *romani* y su connotación *fortes;* por otro lado *caelus y su* connotación *profundus.* En el centro del hexámetro la existencia comparada *sunt tamquam:* la densidad de *sunt* se palía con *tamquam,* pero éste sirve de trámite a la exaltación inalcanzable de *caelus.* Este balanceo se apoya además por un estilo simple y sorprendente, en las columnas rítmicas de los epítetos, que abren y cierran el decurso rítmico: *fortes – profundus,* términos que merecerían prolijo comentario. Pues la connotación de *fortes* suena para nosotros como una banalidad; y el epíteto *profundus* por su desgaste en las lenguas románicas cuesta incluirlo en una expresividad como la que aquí se sugiere.

Pero además podríamos sospechar una relación interna, de denotaciones absolutas, en cada momento rítmico. Sabemos la preferencia de los antiguos por ciertas resonancias del sentido lingüístico, o por ciertas aproximaciones, derivadas de etimologías simbólicas, míticas o simplemente interpretativas. El nombre de Roma, ligado al término griego de pareja resonancia, daría un significado de "Fuerza" precisamente. Los *"romani"* son los *"fortes"*, desde luego, carácter entrañable de la ciudad y el hombre que la conlleva. Lo que dice el epíteto está en el patronímico y la condición de Roma–ciudad se hace historia en los *Romani,* trámite de esa fuerza para el mundo. ¿No valdrá acaso la misma relación para el segundo momento expresivo? ¿Acaso podrá ser *profundus* un epíteto de naturaleza para *caelus?* Pero ¿qué es *caelus* y en qué medida su entrañable contextura inasible se hace patente en el epíteto lírico?

*Romanus* es un término que Ennio usa con cierta densidad designativa que deja en el curso del ritmo lírico un algo incontrastable y poderoso: *Rem Romanam* (frag. 471-2) y en aquel otro hexámetro (frag. 467) que podríamos evocar aquí como signo del oído sutil que trabaja una rula materia sonora:

*Moribus antiquia res stat Romana virisque.*[4]

Pero también *caelus* o *caelum* presentan en las sonoridades ásperas de estos hexámetros un religioso acendramiento, capaz de restablecer por momentos el asombro ante aquel espacio meridional, en Italia, Africa o Cerdena. En fin, *caelus* el connaturalmente *profundus* define al Romano, el connaturalmente fuerte. La profundidad del Romano es su fuerza, pero esta fuerza es la del contexto celeste: ¿en qué medida los siglos occidentales que llegan ya a su ocaso son la degradación de esta sentencia de Ennio? ¿En qué medida se abre el camino del retorno, convivencia del cielo y de la tierra, en medio de la sangre, la insidia y la discordia? Y en consecuencia ¿cómo puede inteligir un lector moderno, un lector humanista la densa resonancia que un viejo poeta de Rudia, aldea desconocida y obsoleta, recompone todavía en el aire misterioso y lírico de un hexámetro macizo y delicado?

## II

He querido explorar a modo de introducción aledaños no requeridos a veces por la indagación positivista, centrada preferentemente en reconstrucciones objetivas o tenidas por tales. Pero un poeta y una lengua poética no se dejan encuadrar ni insumir en tales reconstrucciones, por nítidas que fueren. Pues por encima de los entes concretos, circunstancias, relaciones temporales o locales la lengua poética abre un territorio inmune a la

4 [La cosa Romana mantiénese erguida por sus varones y sus antiguas costumbres].

configuración fáctica, inmune también a la obsolescencia y a la ruina inmisericorde. basta que puedan desde luego reconstruirse las sonancias portadoras de un sentido, no intercambiable ni repetible en las vastas resonancias del mundo. Y esto es, claro está, el enigma que propone además la condición fragmentaria de estos textos arcaicos, enigma que por cierto no anula el sesgo personal de su lenguaje, el significado de su presencia en la historia de la lengua poética de Roma, la apertura de un espacio lírico con que Ennio funda la transfiguración de Roma, la nitidez de su fuerza, trocada ahora en dispensación misteriosa del latín.

Estas reflexiones nos permiten además repartir, de modo apropiado, la materia de nuestro tema, en la perspectiva transpositivista que nos preocupa. En otras palabras, pretendemos desentrañar contenidos y condiciones líricas que no son ostensibles en la mera reconstrucción de la filología historicista, y revalorar entonces la figura de Ennio según la connotación del título: *Ennio, poeta fundante.*

Parecería conveniente comenzar por la noción de "poeta fundante" para luego aplicarla a la historia de los textos de Ennio y al significado de su lenguaje en la historia espiritual romana. Sin embargo, esta vez prefiero un ritmo de inferencias inductivas que comenzando por el panorama concreto donde se inserta el antiguo mesapio (la fenomelogía indispensable y congruente que integra siempre la misteriosa zona de lo humano), progresa por la interpretación de sus fragmentos, según el modelo del frag. 470 (o sea. la filología que indaga los trasfondos espirituales y líricos, es decir, la filología humanística) para culminar finalmente con una meditación sobre los valores absolutos de esta palabra poética en el arcaico latín y por allí en la semántica lírica, en sentido absoluto (lo que sería el horizonte de una filosofía del lenguaje poético, que lleva, claro está, a una filosofía de la palabra *ut sic).* Fenomenología del contexto histórico, filología interpretativa y humanística, filosofía de la palabra, representan tres densos capítulos, que el saber occidental, herencia de la mente helénica, abre sus sucesivas clarificaciones universales hasta alcanzar el centro penumbroso de esta existencia transracional: el hombre. No sería empero fiel a la curva de mi temperamento reflexivo, si omitiera el cuarto momento de esta tetrada empírica y mística: la relación que guarda la entrañable existencia de la palabra poética con la naturaleza misma de la Deidad, que es absoluta Apertura glorificante y por tanto absoluta palabra de Fundación incólume, irrestricta y beatífica (lo que sería una Teología de la Palabra) y por ende una visión del fundamento último de la palabra poética y del poeta, que hace decir a Hölderlin[5]:

*und wozu Dichter in dürftiger Zeit?*
*Aber sie sind, sagst du, wie des Weingotts heilige Priester,*
*Welche von Lande zu Land zogen in heiliger Nacht.*

Llega pues desde el remoto reino mesapio, fronteras de la Apulia y la Calabria, y desde los tiempos dramáticos de la segunda guerra púnica, frontera entre los baales de sangre y la lumbre humanística de Roma, un arcaico poeta, desconocido y misterioso. ¿Podemos todavía, en la pequeña selva de sus fragmentos, intuir sus trasfondos y sus resonancias y reinterpretar entonces su categoría de poeta fundante? ¿Podemos sustraerlo a la pericia reconstructiva de la filología moderna y colocarlo en la sagrada

5 FRIEDRICH HOLDERLIN, *Sämtliche Werke und Briefe.* Ausbage von FRANZ ZINKERNAGEL. I. Band. (Insel, Leipzig, 1922). *Brot und Wein* (7), pág. 309. [Y para qué poetas en tiempos indigentes? /Pues ellos son, afirmas, cual santos sacerdotes del dios de las viñas/los que de país en país marchan en noche sagrada].

estirpe de los que anuncian y proclaman las verdades más altas, de los que según Hölderlin cruzan la vastedad de la tierra, incluso para dar sentido a la oscuridad, cuando se adensa?

En el primer capítulo propuesto, o sea la fenomenología histórica, dos pormenores resultan propicios para esta relectura: el temperamento del poeta, por una parte; el contexto cultural y lingüístico, por la otra. Del profundo afincamiento de estas dos realidades —la personal y la histórica, diríamos— ha surgido la palabra poética de Ennio, que no es fácil representarse en su condición entitativa, es decir, en sus valores estéticos, propiamente dichos.

Un testimonio interesante transmitido por AULO GELIO[6] nos describe un rasgo decisivo del poeta. *Q. Ennius tria corda habere sese dicebat, quod loqui graece et osce et latine sciret,* nos asegura el erudito[7]. Recordemos en primer lugar la coyuntura literaria que explicaría, según algunos, el breve contexto aducido. Sabemos que el libro I de los *Annales* (cuyo asunto abarcaba desde la caída de Troya hasta la muerte de Rómulo) contenía en su proemio dos temas diferentes, aunque ligados por una relación que se nos escapa en el estado actual de los fragmentos, pero que es fácil intuir con ciertos recaudos. El primero corresponde a una invocación a las Musas y por ende a la conciencia lírica de Ennio: *Nam populo/Italos res atque poemata nostra cluebunt*[8]. El segundo en cambio sería el relato de un sueño —el primer sueño en el contexto épico del extenso poema. En él la sombra de Homero le revela la doctrina pitagórica de la reencarnación o transmigración de las almas. En realidad el alma de Ennio es la de Homero. Aquí pues se insertaría de alguna manera incierta para nosotros la mención de la triple capacidad lingüística, los tres corazones que son en verdad tres lenguajes. No podemos reconstruir lamentablemente las reflexiones pitagóricas de Ennio. Sin embargo, al margen de la interpretación aducida, cabría suponer otros trasfondos u otras resonancias en la sentencia del poeta, que no implican necesariamente un vínculo con las cuestiones pitagóricas.

En primer lugar, los tres lenguajes precisos que menciona el poeta. En cuanto al griego, recuerda simplemente la estirpe originaria y el ámbito cultural que siente como su propio trasfondo. Ennio, criado probablemente en la vecina Tarento, todavía brillante pese a los azares de las sucesivas guerras afirma sin duda esta pertenencia consciente. ¿Qué dificultad habría en suponer que el joven rudino se mezcló desde niño en la tumultuosa ciudad griega del siglo IIIº y aquí aprendió a Homero y sobre todo participó de los espectáculos teatrales que la ciudad podría ofrecerle? Pues pensamos que el deslumbramiento de las Musas, en el sentido homérico-hesiódico, es un acontecimiento posterior, acontecimiento que coincide quizás con su conversión irreversible al mundo romano:

*Nos sumus Romani, qui fuimus ante Rudini*[9]

6 *Noct. Att.* XVII. 17. 1. Ed. M. MIGNON. (Paris, Garnier, 1934). T. III, pág. 196.

7 [Q. Ennio decía que él poseía tres corazones, porque sabía hablar en griego, en osco y en latín].

8 Frag. 2-3, ed. WARM. [Pues este asunto y nuestros poemas glorificación los pueblos de Italia.]; o bien [este asunto y nuestros poemas serán famosos (por) los pueblos de Italia.] Cf. nota 14.

9 *Varia*, frag. 10. WARM. Frag. 377 ed. DIEHL. [Nosotros somos Romanos, los que antes fuimos Rudinos].

dice un fragmento diversamente ubicado en el contexto de su obra compleja. Desde Rudia a Roma, el tránsito no parece cubrir la vastedad de Tarento, que cría al poeta. No olvidemos sin embargo el contexto del sueño homérico, que representaría la coordenada vertical, el eje profundo que liga al mesapio-osco-latino con la revelación del orbe griego, mientras el frag. 377 citado precedentemente exhibiría la coordenada horizontal, el resumen de una curva que expresa todo el acontecer histórico de siglos densos. De cualquier modo, según nuestra reconstrucción, el primero en despertar en el joven mesapio fue el talento dramático. Nos place imaginarlo como un Shakespeare de la antigüedad, entremezclado en el fervor del teatro griego del siglo IIIº a.C., compartiendo quizás como menestrel, actor o espectador desocupado el clima incisivo del último fulgor griego en el sur itálico. Una experiencia muy fuerte debemos registrar sin duda, para explicar el tránsito lingüístico y lírico, en que se comprometen y expresan al mismo tiempo las raíces más notables de su personalidad, la intuición de un nuevo ciclo del hombre, de ese hombre que él conoce por Homero o Eurípides en una de sus laderas deslumbrantes, pero que al mismo tiempo le propone la gran interrogación de todas las aboliciones trágicas, de ciudades, estirpes, culturas y quizá lenguas. En esta oculta referencia entre lo abolido y lo que emerge veo crecer la estatura lírica de Ennio; en lo abolido, la lumbre que por un destino incontrastable irradia de su propia sustancia; en lo que emerge, la voluntad histórica de afincarse bajo el cielo, como un dato que explica su existencia misteriosa. Por eso el *caelus profundus* es ahora el *Romanus profundus*.

En general se admite que esa experiencia postulada por nosotros aquí de otra manera, sería la guerra que Ennio transcurre como centurión hasta su residencia definitiva en Roma, a fines del siglo IIIº a.C., después del encuentro con Catón en la isla de Cerdeña. Pero Ennio tiene entonces treinta y cinco años (204 a.C.), y es posible suponer una cierta madurez, que se le impone al magistrado romano, en viaje desde Africa a la metrópoli. Pero, he aquí una paradoja curiosa: ¿qué halló el enemigo de la helenización romana en este mesapio helenizado que habría de cambiar el rumbo de los viejos cantares saturnios?[10]

No podemos contestar esta pregunta; pero la cuestión aducida considera el problema de la personalidad de Ennio, y con referencia a Catón podría formularse así: ¿qué rasgos itálicos, latino-romanos, halló Catón en el soldado de treinta y cinco años, cuando a su retorno de Africa lo encontró entre las tropas romanas que combatían en Cerdeña? Ennio había nacido en efecto en el año 239 a.C. y era un poco mayor que Catón, que había nacido a su vez en el año 232 a.C.

Ennio menciona luego el osco, lengua itálica o grupo lingüístico más importante de la Italia central y meridional. Según Stolz[11], la influencia del osco-umbro llegaba hasta

10 Recuérdese el frag. correspondiente a la Intr. de los *Praecepta ad filium Marcum*, apud PLINIUM, *Hist. Nat.* XXIX. 7. 14. Ed. PANCKOUCKE. Vol. VII, pág. 183: *Dicam de istis graecis suo loco, Marce fili, quid Athenis exquisitum habeam, et quod bonum sit illorum litteras inspicere, non perdiscere, vincam. Nequissimum et indocile genus illorum. Et hoc puta vatem dixisse quandocumque ista gens suas litteras dabit, omnia corrumpet, tunc etiam magis si medicos suos huc mittet. Jurarunt inter se Barbaros necare omnes medicina. Et hoc ipsum mercede faciunt, ut fides iis sit, et facile disperdant. Nos quoque dictitant Barbaros et spurcius nos quam alios opicos appellatione foedant. Interdixi tibi di medicis.* A. ROSTAGNI, op. cit. Vol. I. pág. 192 que traduce en un pasaje: [ti proverò che sono una razza di furfanti incorrigibili]. Cf. PLAUTO, *Curculium*, v. 289-295. Curiosa la presencia del término *opicos*, es decir, equivalente al gr. ὀπικός=*oscus*, empleado como insulto: "ignorante, imbécil".

11 F. STOLZ, *Historia de la lengua latina* (trad. de A. CASTRO). (Madrid, V. Suárez, 1922). cap. V. pág. 76/sgs.

los aledaños del Lacio; y según Devoto[12] es la lengua osca la que ha proporcionado el primer ejemplo de unificación lingüística efectiva en una vasta región de Italia, que se extendía, en el siglo IV a.C., desde el territorio de los Peligni (actual Abruzzo), hasta el estrecho de Messina y la península salentina, o sea la región greco-mesápica, donde nace el poeta. Las colonias romanas en el sur son del principio del siglo II a.C., cuando Ennio según los datos ya aducidos, se encuentra afincado en Roma después del encuentro con Catón. Pienso que aquí está el secreto estímulo que condiciona la experiencia profunda, que inquirimos: el conocimiento de esos pueblos o estirpes itálicas que se extienden entre Tarento y Roma, el descubrimiento del repliegue osco-umbro, por debajo de la influencia griega y en fin la confrontación lingüística —y tal vez espiritual— con la lengua latina y el hombre romano. Es pues el choque osco-latino el que decide la existencia poética de Ennio. Fundado él por estas fronteras lingüísticas, sumamente lábiles y expansivas, fundará él a su vez una expansión desconocida por el latín, una reapertura de su semántica ancestral en el campo de un lenguaje poético, espacio de un nuevo encuentro del cielo y de la tierra. Dante en los siglos medievales y modernos repetirá un decurso semejante, y de la frontera entre el latín y el romance llevará a su término la arcaica historia de una Italia lingüísticamente tumultuosa. Ennio, para la historia de la lengua poética latina, y Dante para la historia de la lengua poética romance, reiteran en el vasto campo del indoeuropeo, la virtud misteriosa que hace existir a los poetas y con los poetas hace existir el lenguaje *ut sic*. Podemos postular según este principio que contra lo que previno la lingüística positivista e historicista, en el pasado arcaico, que llamamos por comodidad el pasado de los hiperbóreos, subsistían de un modo pleno las virtudes denotativas y connotativas del lenguaje poético, que forjan una semántica común para todas las lenguas indoeuropeas.

Agreguemos por otra parte que si atendemos además a una división propuesta por Devoto[13] en la vasta zona de la lengua osca, advertiríamos en Ennio un cierto equilibrio que lo mantiene alejado de Etruria, pero lo libera al mismo tiempo del glorioso pasado linguístico de la Hélade. Dice en efecto Devoto que ese territorio del osco-umbro presentaría dos zonas culturales: una en la que prevalece la impronta etrusca, otra en cambio de fuerte influencia griega. Y éste fue el territorio en que se produjo el alumbramiento romano de Ennio. Pero el poeta en todo caso por una experiencia anterior a su estada en Cerdeña recupera y reabre el destino de Roma: establecer un espacio entre los etruscos atlantídeos, es decir, no hiperbóreos, y los epígonos decadentes, los *graeculi* charlatanes que hacían del lenguaje deterioro del hombre y del mundo. Ahora son las *res Romanae* categoría innovadora del lenguaje; y el hombre romano, profundo como el cielo que decide en su armonía la armonía del mundo, el que en la palabra lírica reabrirá el destino del mundo.

Creo que así, con nuestra interpretación del choque lingüístico osco-latino que apronta y conlleva las resoluciones poéticas de Ennio, se entiende la mención de los *Itali populi* que invoca el poeta en su proemio, aquella categoría no signada por la historia griega, aquella entidad misteriosa que representamos lingüísticamente con Ennio en la expresión *res Romanae*. Esto nos permitiría entonces precisar nuestra respuesta a la cuestión planteada: la experiencia de Ennio es el descubrimiento de Italia, es su lenta

12 G. DEVOTO, *Storia della lingua di Roma*[2] (Bologna, Capelli, 1944), pág. 201.

13 *Op. cit.* cap. VI. *Il latino in Italia*, pág. 200/sgs.

recognición de Roma y del latín, por sus contrastes con la lengua de los oscos, en fin la intuición de sus aldeas, sus costumbres, sus tradiciones, en el marco de un conflicto que será al mismo tiempo cuestión espiritual y geopolítica: la segunda guerra púnica. Es esta decisión intuitiva de Ennio la que habrá asombrado al joven Catón, investido de poderes a los que el poeta no podía aspirar. Pero ciertamente este encuentro en Cerdeña junta las armas y las letras, el poder de las decisiones consulares, senatoriales y militares, y el poder de la lírica fundante, aquella que asegura a los hombres por encima de la sangre y el polvo del combate, una existencia diferente, más densa, más vasta, más duradera. Tal es lo que expresa el verbo latino *cluebunt,* que conviene subrayar en esta perspectiva[14].

La enumeración de lenguas se corona por cierto con el latín, y no parece indiferente la gradación con que aparece el texto en Aulio Gelio: *graece et osce et latine,* como si el fragmento tradujera en el seco decurso de su letra la curva ascendente en la experiencia de Ennio: cultura griega de Tarento, confrontación de las fronteras lingüísticas, descubrimiento de Italia, en fin excelencia del latín y descubrimiento de Roma y del hombre romano.

Pero habíamos mencionado en este capítulo de fenomenología histórica un segundo momento, que abarcaría una tensión cultural más vasta que la prevista hasta ahora. Me refiero en particular a dos controvertidos asuntos que definen de cualquier modo el rumbo del poeta: 1) la elección del hexámetro, o mejor dicho la creación del hexámetro latino; 2) y el vínculo de mito e historia, como algo más profundo que una mera cuestión retórica. Digamos dos palabras sobre cada punto.

Conocemos la controversia insoluble sobre los valores rítmicos del saturnio, sobre su entidad inasible en el período más antiguo del latín, o sobre su inexistencia, lisa y llanamente. Como dice Bignone[15] ni la solución de Fr. Leo[16], siendo la que podría reconstruir con mayor cautela el esquema rítmico subyacente en estas *reliquiae Romanorum,* no se aplica del mismo modo a los textos supérstites, tan escasos e inseguros que no permiten en definitiva una indagación más amplia. Más importante que la polémica sobre el saturnio, es su relegamiento literario, quiero decir estético, su restricción y abolición histórica, que cuenta más para la lengua poética latina, para la curva de su constitución definitiva, y que resulta un dato más orientador que todo lo demás.

14 BIGNONE, *op. cit.* I. pág. 316 lee con muchos otros editores *latos/per populos terrasque poemata nostra cluebunt/* ‹clara›. [E per tutte le terre, per popoli inmensi, gloriosi/i nostri canti sarano...] Todas las lecturas y reconstrucciones resultan, como observa WARM., dudosas. El centro semántico parece ser *cluebunt,* en sus valores predicativos o sustantivos. *THESAURUS, s.v. clueo, nominari, appellari, audiri, esse.* Distingue el art. tres usos fundamentales: 1) *cum infin.* ENN. *Scaenica,* 366, *per gentes esse cluebat omnium miserrimus* (WARM. frag. 376, *Ambracia,* pág. 358). 2) *cum nominat. praedicat.,* por ej. en LUCRET. I. 119, 580; II. 351, 525.- 3) *absolute, plerumque cum abl. instrumenti.* por ej. PLAUT. *Capt.* 689, o en LUCRET. I. 449, 480. La solución de BIGNONE coloca el pasaje de *Annales* frag. 2-3 WARM. en el nivel 2) al suponer ‹clara›, y ello es posible. Pero nos preguntamos si Ennio no podría en este caso haberle dado al verbo un valor predicativo no deponente, es decir, activo, para sugerir no la fama de su obra, sino la gloria de Italia en su obra. En todo caso, el término *cluebunt* parece tener aquí un matiz en que gloria del poeta/poema y glorificación de los pueblos de Italia se intercambian. Hago valer desde luego estos trasfondos indudables, con matices cambiantes pero no menos decisivos, para destacar lo que podría ser el centro de la "experiencia lírica" para los vastos desarrollos históricos de la obra y para interpretar la conversión de Ennio en la frontera del osco-latín.

15 *op. cit.* I. pág. 158-159.

16 *op. cit.* pág. 150/sgs.

El problema rítmico se anuda, como sabemos, al de los antiguos cantares latinos o itálicos —perimidos o inexistentes— y éste a su vez con el de la presencia de un mito indoeuropeo en su versión peninsular, anterior a la influencia griega. Ennio es en todo esto un punto de partida incuestionable: antes de Ennio la oscuridad, la vacilación o simplemente la inexistencia lírica; después de Ennio la claridad del ritmo hexamétrico, la fusión *estética* de religiosidad latina y mito helénico, en fin el advenimiento de una poesía que parece constituir el paso por donde el latín cumple la última fase de su historia. Si comparamos la lengua de Ennio con todo el contorno literario o epigráfico del siglo IIIº a.C. y primera mitad del siglo IIº a.C. (y a *fortiori* con todo lo que precede) advertimos un grado de depuración, una atmósfera semántica y una ubicación constructiva del fraseo, que ilustra sobre la poderosa capacidad lingüística del poeta. Y esto parece destacar con mayor nitidez el carácter de la obra de Ennio, advenida según una intuición de la sincronía latino-romana, que presentaba dos curiosas interacciones lingüísticas: un estado más bien conservador frente al griego y al osco, lo que no quiere decir necesariamente más arcaizante; un principio de ordenamiento sintáctico, que obligaba a purificar fonética, morfología y vocabulario y a desarticular el rígido bloque de un fraseo indeciso, pero no libre. Como aquellas figuras de una plástica arcaica que comienzan a desglosar sus miembros, a definir un ritmo independiente de la materia bruta y aun de la figura; como aquella serie ignota que lleva del mármol o la piedra al aéreo despliegue de la forma, a su impostación cósmica como un misterio advenido con el hombre, así el verso de Ennio, el ritmo de su lenguaje configuran en el arcaico latín un reordenamiento, un espacio, un aire de indescriptible labilidad, nitidez y fuerza en sus relaciones multívocas. Es Cicerón el que subraya, aunque en relación con otros textos, la potencia lírica de Ennio, en cuanto a *res, verba, modi* (asunto, lenguaje, ritmo)[17], como si el propio prosista sintiera alertada su sensibilidad rítmica por confrontación con el poeta. Y esta advertencia no tiene nada de arbitrario, o superficialmente erudito, si recordamos los lapsos fundamentales en la historia del hexámetro latino. Pues con posterioridad a Ennio son Cicerón, Lucrecio y Catulo los que intervienen de modo decisivo en la configuración de ese espacio rítmico previrgiliano. El hexámetro del arpinate, frecuentemente olvidado en las historias literarias, deriva directamente de Ennio, e implica una reflexión del orador y retórico sobre las cualidades rítmicas del latín. En esa reflexión no debe haber escapado al talento interpretativo y humanístico de Cicerón la condición de instalación rítmica originaria, característica del poeta mesapio, y por ende la función incluyente lingüística de la poesía de Ennio. En esta perspectiva destácase la defensa de Ennio por parte de Cicerón frente a los *neoteroi,* a los *poëtae novi* o *cantores Euphorionis*[18], y el contexto de una polémica estética, cuyas resonancias apagadas envuelven como sabemos el círculo de Catulo y la figura extraña y replegada de Lucrecio[19].

17 CIC., *Tusc. Disp.* ed. M. POHLENZ. (Teubner). III. 19.45. Cf. A. ROSTAGNI, *op. cit.*, Vol. I. pág. 230.

18 *Ibidem. O poëtam egregium! quamquam ab his cantoribus Euphorionis contemnitur.*

19 Sobre este problema conviene consultar: LUIGI ALFONSI, *Poëtae Novi. Storia di un movimento poetico.* Collezione Filologica. Serie B.5. (Como, Marzorati, 1945). LEONARDO FERRERO, *Poetica Nuova in Lucrezio* (Firenze, La Nuova Italia, 1949).

Aquí naturalmente se replantea un problema trajinado: ¿cuál era en realidad el motivo de la polémica neotérica, ya sea desde el ángulo de Cicerón o Catulo, ya sea desde las cumbres más densas, donde transcurre la inspiración de Lucrecio? Pienso que inciden no sólo las motivaciones estéticas, helenísticas, sino una nueva categoría del oído latino, en busca de una articulación lingüística y rítmica diferente. En otras palabras, el ánimo ciceroniano acostumbrado a las vastas construcciones rítmicas en un discurso o en una prosa que se nutre de un aliento incluyente y casi cósmico, el modo constructivo de Ennio debía reflejarle la condición más entrañable del latín y de Roma: la referencia inexhausta que asciende a totalidades de indescriptible fuerza fundante.

Al ánimo de Lucrecio, trocado en visiones cósmicas, desconocidas en el viejo latín, el troquel de Ennio resultaba la única instalación posible en un lenguaje que asumiera el vínculo entre *corpora prima* y *natura rerum creatrix*. Se explica pues la admiración de uno y otro y la continuidad subyacente, como dije, en el hexámetro latino a lo largo de siglo y medio de transformaciones espirituales. Finalmente ¿qué podía reencontrar Catulo en el áspero fraseo de los *Annales,* en esa estética de aparente yuxtaposición de hechos y lenguaje, como se ve en la prolongación inexhausta que el poeta confiere a la materia narrativa de su verso? Esto nos llevaría a distinguir entre Catulo y Ennio, tres motivos de ruptura, apenas paliados por la renovación virgiliana. Ellos definen en realidad los límites de una expansión literaria que Virgilio, Horacio y Propercio conducirán por otros rumbos, pero que en definitiva son en la primera mitad del siglo I a.C. condiciones inherentes al hexámetro.

En primer lugar, lo que he señalado en el "oído" latino, que confiere a Ennio un modo de disponer la materia lingüística y a reubicar espacios lingüísticos no acontecidos en el viejo latín, en el latín del saturnio, si es que éste alcanzó algún nivel de objetiva consolidación lingüística. Pero el "oído" latino de Ennio es un nuevo sentimiento del ritmo, no sólo del ritmo métrico y de sus componentes, sino también del mundo, de las acciones del hombre, del decurso de los sentimientos, etc. No se puede dudar que existe en Ennio un cierto grado de reflexión filosófica, que lo emparenta tal vez con Empédocles. Y no es casual que Lucrecio, severo en muchos de sus juicios, sienta idéntica admiración por Ennio y Empédocles. Ahora bien, nada más contrario a la sensibilidad de Catulo y su escuela, los *poëtae novi,* que esas totalidades rítmicas que absorben los brotes de la sensibilidad alertada y multiforme, porque siente de otra manera el mundo. En Catulo predomina el ritmo punctiforme, sincopado, como de un parpadeo que ilustra y ensombrece. Su hexámetro no alcanza nunca por eso las dimensiones incluyentes que renueven el ritmo arcaico, sin perjuicio de que en ese hexámetro neotérico acontezcan relaciones, desplazamientos o secuencias que sería menester estudiar con mayor detenimiento.

El segundo motivo podría definirse desde un ángulo estético, en el sentido de establecer dos rumbos diferentes: la estética de la *natura rerum speciesque;* otra, la del *lepos,* palabra de significación fundamental en estos lapsos de confrontaciones espirituales. Ennio, Cicerón y Lucrecio se adscriben, por temperamento y por reinterpretación del mundo griego, en la estética que funda la *res* objetivante y sublime; en tanto que Catulo y sus amigos prefieren el carácter emotivo, pictórico, que anuda ciertos rasgos subjetivos con el instante pasajero. *Lepos* es aquí una categoría intermedia que resalta en lo advenido y transitorio un despliegue independiente de la sensibilidad, no sujeta por tanto al desgaste o caducidad de lo acontecido, sino que por el contrario construye un espacio lírico en esa precisa condición. Estética de la *natura rerum speciesque* supone un estado de confiada inserción en el mundo y por ende un descubrimiento de sus espacios recapi-

tulatorios; estética del *lepos*, que trasciende de lo pasajero y efímero, supone a su vez la búsqueda de otros horizontes, no existentes en el mero decurso de los fenómenos. Explicaríamos así por otros pormenores más sutiles si se quiere la controversia en torno a la poesía de Ennio hasta el período de las églogas virgilianas, cuando la transformación del mundo romano se aleja en cierto modo definitivamente de estas polémicas, y enfrenta otras transformaciones quizá mucho más profundas, pero enraizadas firmemente en las antiguas *res Romanae* del viejo poeta mesapio.

En tercer lugar finalmente, la diferencia en cuanto a la figura del hombre, a sus correlaciones y repercusiones, o sea, la dimensión histórica, que parece constituir una preocupación fundamental del poeta salentino. En esto, se repite según otras resonancias el vínculo entre Ennio y Cicerón, la distancia respecto de Lucrecio y Catulo, aunque por razones totalmente diferentes. El horizonte que entraña la categoría histórica corresponde al trasfondo donde Ennio reanuda líricamente la existencia de Roma, en el marco de aquella confrontación osco-latina, ya mencionada, o a la inversa es su conversión a Roma lo que le entreabre, con fuerza sorprendente, la entidad de la existencia *histórica el carácter valioso del actuar humano* como una coyuntura más alta y más delicada que la *natura rerum*. Para Lucrecio como sabemos la historia es *eventum aut conjunctum*, según el riguroso planteo atomístico, democríteo, de su texto. Para Ennio en cambio en las vastas remociones que preludia la fundación de Roma, o en los vastos recursos que el hombre exhibe con su paso soberano sobre el mundo, recátase un secreto, sólo accesible a la dispensación lírica, al ritmo hexámetrico que reordena e intelige la historia del mundo en la historia de Roma. Nada de esto sugiere la poesía de Catulo, las *mugae* que deponen al mismo tiempo la ciencia exhaustiva de Lucrecio y el augusto misterio de un hombre coronado de acciones heroicas. Sólo en el hexámetro podía acontecer este alumbramiento de la historia, a cuya intuición aparecen consagradas las resonancias de estos espacios líricos, que rescatan, reubican y reordenan hechos mostrencos según una dirección intuitiva que habrá de coronarse en Virgilio. Hexámetro y conciencia de la historicidad están así fuertemente ligados para el desenvolvimiento ulterior a la segunda guerra púnica, y para el espacio diferente, abierto por Roma, en la tradición lingüística del latín.

Llegamos así a la problemática de mito e historia, según habíamos previsto en el ordenamiento de nuestro análisis, dentro de un primer capítulo que denominábamos curva de la fenomenología histórica, en la cuestión que plantean los textos de Ennio. Mito e historia son en el trascurso de las fuentes literarias, en su irrupción a diferentes niveles en lenguas y culturas de occidente, categorías de precisa identificación, aunque sus relaciones resultan a veces penumbrosas y controvertibles. En el marco de la filología, o sea en el espacio de lenguas y textos que presentan fisonomías y coyunturas concretas, la cuestión de mito e historia desborda, inevitablemente, los límites restringidos de la fenomenología reconstructiva, e ingresa en un horizonte especulativo, epistemológico, de mayores implicancias, donde se plantean en definitiva otros interrogantes sobre el lenguaje, el pensamiento, o de un modo más general aun sobre el hombre. En el campo de la filosofía clásica aquella temática aduce capítulos oscuros y controvertidos, mientras que en el caso preciso de la filología latina, la cuestión se adensa por un imperfecto conocimiento del pasado preliterario latino, sea por carencia absoluta de expresiones, sea porque sus testimonios caducaron en el decurso de la historia lingüística. En esta vasta escala que describo someramente los textos de Ennio son de capital importancia, en primer lugar desde luego para la reconstrucción espiritual intentada por la filología latina desde el siglo XIX, pero también porque el rumbo de Ennio, Ci-

cerón y Virgilio habrán de tener sorprendentes repercusiones en los lapsos cristianos hasta San Agustín, y por ahí en los lapsos europeos ulteriores, hasta las controversias contemporáneas sobre el sentido de la historicidad.

Sin extremar ahora las consideraciones pertinentes, podríamos subrayar en Ennio una consciente interpretación que denominaríamos de "descenso mítico", de tal modo que el pasado mítico hace de trasfondo de la historia, la reordena en su inteligibilidad. Pero al mismo tiempo en la historia acontecen los paradigmas que abren en cierto modo la inteligencia del mito. Sabemos además que articulación de mito e historia fue un problema considerado por Ennio en un especulativo, cómo lo prueban su poema *Epicharmus* y su traducción o reelaboración de la *Sacra Historia* de Evhemero. La línea naturalística, derivada de las escuelas epigonales griegas, y el racionalismo demitificador en la corriente evhemerista, preparan en realidad el campo semántico donde se despliega la obra de Ennio. Pero. como ya se advirtió, esta obra implica la conversión a un territorio lingüístico, la elección de una frontera y la recurrencia de un material histórico, elegido conscientemente en ese ámbito. Creo que deben distinguirse pues, en el caso de Ennio, dos campos diferentes para el análisis de esta cuestión, o sea, en primer lugar, el que corresponde al plano especulativo y que considera por tanto la generalidad de una solución que abarca las posibilidades del conocer humano. En este plano conocimiento mítico y fenomenología histórica, palabra mítica que en el relato traslada o reinterpreta un pasado más o menos penumbroso; y despliegue de la historicidad en el recurso que la propone en el relato correspondiente, *las dos orientaciones son pues. en defitiva*, funciones de ese conocer humano. En la antiguedad epicúreos y estoicos, con su vasta polémica physica y filosófica, difundieron esa problemática, como lo prueba el *de natura deorum* de Cicerón, y naturalmente Ennio preludia en este caso el desarrollo del período republicano.

El segundo campo aducido más arriba se refiere en cambio al reordenamiento poético, a la composición y estructura narrativas, al sentimiento lírico que enlaza intuición y relato histórico. Es preciso aceptar esta distinción, para no confundir el plano de las reflexiones epigonales, en el marco de las especulaciones estoicas, y el plano de aquella emersión rítmica, en cuyo troquel acontece una nueva dispensación de la materia histórico-narrativa. Sin embargo esta distinción deja en la penumbra, claro está, la problemática más general del vínculo entre mito y lengua latina, o entre mito y tradición latina y su repercusión narrativa y literaria en los siglos que precedieron a Ennio. Digamos dos palabras sobre esta controvertida cuestión en el horizonte itálico-latino, antes de precisar las condiciones de lo que he llamado "descenso mítico" en los *Annales* de Ennio.

Dos pormenores sería menester dilucidar: la naturaleza de la lengua latina y la condición de fragmentación dialectal en la península, como una fuerza centrífuga que diferencia la península itálica de la Hélade. En cuanto a la naturaleza de la lengua latina el problema más importante resulta desde luego el de su semántica, como conjunto o matiz de significaciones que han orientado la historia del latín. Es aquí donde debemos insertar la problemática del mito, que en última instancia es una función lingüística y como tal implica un principio ordenador e interiorizador de una cultura, *una religión, un pueblo, en fin una historia de expresiones multiformes,* anudadas sin embargo de alguna manera a ese principio. Cúmplese así la sentencia intuitiva de San Isidoro de Sevilla; *ex linguis gentes, non ex gentibus linguae exortae sunt*[20], como curiosa anticipación para las doctri-

20 *Etymolog.* IX. 1.14 Ed. LINDSAY, Oxford. Cf. La trad. castellana de Luis Cortés y Góngora. BAC. Madrid, 1951. [Por esto pues hemos de hablar, primero, de las lenguas, después de las gentes, poque ésta nacieron de las lenguas, y no las lenguas de las gentes]. (p. 214).

nas de Vico, Herder, Schlegel y Fichte, en cuanto a la relación de pueblo y lenguaje.

Ahora bien, la semántica latina tendría la propiedad penumbrosa de niveles mystéricos, que en el *myein* originario no han alcanzado una diáfana perspectiva de proferición. No hay por tanto en el latín un tránsito del *mythos* al *logos*, ni la organicidad mitológica que es función lingüística griega. A esto se une la fragmentación dialectal de la península, explicada y descripta de diversa manera por la lingüística histórica. Creo que se pueden repartir todas las soluciones en tres categorías: a) la causa de esa fragmentación está en los orígenes mismos de la penetración indoeuropea en la península; b) se inserta en el choque lingüístico, más complejo y de tiempo más prolongado, si lo confrontamos con el caso de la península griega; c) se trata e un fenómeno semántico-fonético, que diversifica una herencia lingüística por un despliegue interno del sentido o de la forma, o por la constitución de espacios lingüísticos, más o menos restrictos, más o menos inmovilizados. Seguramente han intervenido líneas simultáneas y causas complementarias, que no es del caso analizar aquí. Simplemente pretendo anotar ahora, frente a ese panorama de fragmentación dialectal, la dificultad o imposibilidad de configuración o difusión para un supuesto mito itálico-latino, o de modo más general aun el obstáculo lingüístico que implica esa historia semántica o fonética para la constitución, emersión o despliegue del mito. En fin, no estaría fuera de lugar suponer que la herencia de mito indoeuropeo era débil en las zonas *marginales*, de donde partió la migración portadora de aquel estrato lingüístico que dará osco-latín, y que esa herencia perimió en los lapsos que median entre los estímulos migratorios y la instalación lingüística definitiva. Pero esa condición marginal dio al latín en esos lapsos penumbrosos un cierto recurso de fijación y preservación de su semántica que inscribo como dije en los repliegues mystéricos en que *res* y *verbum* se interpenetran de otra manera que en el mito. Hay en el latín un lenguaje religioso sin que sea forzosamente un lenguaje mítico. Quizá el término que en esta área debemos contraponer a *mythos* es precisamente *religio*, cuya semántica transcurre en otro plano y alude a otras resonancias espirituales.

En el segundo motivo del problema, aducido más arriba, o sea, el nivel del relato poético propiamente dicho, es preciso definir lo que llamamos "descenso mítico" como esencia de la significación, característica en la épica de Ennio. Una primera confrontación o deslinde separa el ritmo especulativo de demitologización y el ritmo poético de "descenso mítico", que es un modo de historificar el mito sin sustraerlo a su propio territorio. El descenso mítico se cumple en las historias fundacionales, que si bien integran la textura del antiguo mito griego, no representan sin embargo su signo evocador. Este nuevo reordenamiento post-homérico y post-hesiódico se ha cumplido en realidad en la perspectiva trágica (por ejemplo en la rememoraciones del coro de Sófocles), o en la perspectiva glorificadora de la lírica coral (Píndaro). Las historias fundacionales en esos períodos helénicos resultan un desenvolvimiento de la misma materia mítica, que no pierde por ello ninguno de sus caracteres independientes de la historia. En cambio en Ennio las historias fundacionales se tornan en centros de sacralidad ordenadora, en el contexto fáctico de la historia, y promueven por lo mismo un *continuum* histórico sin corte ni fisura. En otras palabras, lo que llamamos descenso mítico sería la búsqueda de un centro, capaz de anular los lapsos expansivos de la historia y descubrir en ellos una organicidad que tiende a imponerse sobre lo mostrenco y a desocultar el ser del hombre que funda. En los *Annales* de Ennio ese centro está insertado en el libro I, verdadero proemio fundacional que permite un vasto despliegue que el mismo poeta sintió como una estructura abierta.

En las historias fundacionales griegas que se multiplican como sabemos en el campo de la curiosidad helenística, el retroceso del relato nos reincorpora al territorio del mito; en las historias fundacionales latinas el descubrimiento del centro incardinador nos incorpora incoactivamente a un ritmo de historia universal. Para decirlo de modo sucinto: la interacción de mito e historia propone en el caso de Ennio, por la saga de la fundación de Roma, uno de los accesos a la noción de historia universal, donde la articulación con el mito es el principio de una absoluta organicidad. Recapitulemos las inferencias fundametales, correspondientes al primer capítulo de esta indagación sobre Ennio, es decir, el de la fenomenología histórica. Serían fundamentalmente tres. La primera anota el choque lingüístico osco-latino, y en éste la experiencia de la latinidad, que es en Ennio el principio de su conversión. Esta experiencia ya cumplida en el período de su encuentro con Catón incluye su mirada a las cosas y pueblos de Italia, en un sentido más profundo de lo que podía acontecer en su formación griega y en su previa convivencia de Tarento.

La segunda subraya la dimensión estrictamente rítmica, que provoca con el advenimiento del hexámetro latino un giro fundamental en el poeta, en la lengua de Roma y en el contexto ulterior de la cultura literaria y estética que conlleva y expande el latín.

La tercera finalmente define un nuevo rumbo en la articulación de mito e historia, en un territorio lingüístico en que la dimensión mítica (en el sentido griego) o no ha existido, o se ha extinguido. Esta articulación propone en la experiencia de Ennio y en la fundación de sus textos literarios un acceso penumbroso, pero fecundo al sentido de la "historia universal". En él, el "descenso mítico" postulado para la interpretación de Ennio, es preludio de todas las fundaciones que integran el ritmo expansivo de esa historia, y en la que Roma ocupa un centro de indudable significación.

## III

La fenomenología histórica que encuadra los *Annales* de Ennio es suficientemente explícita; ella permite una reconstrucción aceptable del contorno lingüístico, cultural, político, etc.; en cambio notablemente compleja, si atendemos a la categoría rítmica, poética, estética, etc. Pero la orientación de Ennio exhibe una clara voluntad artística, un designio estético de notables raíces y más notables repercusiones. En este sentido, no podemos limitarnos al reclamo del contorno reconstruido o del fenómeno entrevisto; por el contrario debemos ascender al plano de la obra misma (a la Werkinmanenz), la poesía de Ennio, como una dimensión valiosa por sí, o como un contexto en que conviven, en interacción orgánica, una resolución lingüística del viejo latín, un vínculo de materia poética y designio compositivo, una experiencia del mundo, trocada en un lenguaje designativo y enigmático a veces. A ello se agregan por cierto los motivos inherentes al estado fragmentario de la obra, cuya vastedad cíclica parecería escapar a primera vista al concluso sello de la forma estética. Pero éstos son ya problemas congruentes con la obra, en tanto ella mantiene su emersión en el contexto de esa fenomenología, ya desbrozada. Debemos por tanto desentrañar los espacios penumbrosos de la obra misma, o sea, debemos desplegar el segundo capítulo de nuestra indagación que de acuerdo con la nomenclatura sugerida corresponde a la filología humanística e interpretativa.

Cicerón nos ha conservado en su *de divinatione*[21] dos pasajes relativamente extensos,

21 Edited by ARTHUR STANLEY PEASE. (Darmstadt, Wissenschaft. Buchgesellschaft, 1963).

que nos permiten iniciar con una cierta cautela y seguridad el segundo momento de nuestro análisis. El primer pasaje se refiere al sueño de la vestal[22], y el segundo al rito augural en la fundación de Roma[23]. Dos textos que se completan en el sentido de la penumbrosa atmósfera íntima sobrecargada de una tensión espiritual notable, y el vasto contexto cósmico mystérico de la fundación de Roma. Veamos pues cada uno de esos pasajes.

Dos espacios fundamentales se interpenetran o divergen en el primer contexto: el íntimo de la casa o cuarto de la vestal, contenido en las sombras de la noche; y luego el interior espacio del sueño, que representa la vastedad cósmica, la selvática soledad, por donde vaga la soñante, por un lado, y la densa angustia que brota de ese espacio psíquico y parece confundir los términos del mundo. Creo que la enigmática impresión que deja el texto procede de este extraño ritmo, subrayado además por el fraseo, las curvas expresivas internas, e incluso los valores rítmicos y semánticos de ciertas palabras. He aquí su texto y su traducción[24].

*Et cita quom tremulis anus attulit artubus lumen,*
*talia tum memorat lacrumans exterrita somno :*
*Euridica prognata, pater quam noster amavit,*
*vires vitaque corpus meum nunc deserit omne.*
*Nam me visus homo pulcher per amoena salicta*
*et ripas raptare locosque novos; ita sola*
*postilla, germana soror, errare videbar,*
*tardaque vestigare et quaerere te, neque posse*
*corde capessere; semita nulla pedem stabilitat.*
*Exim conpellare pater me voce videtur*
*his verbis :"O gnata, tibi sunt ante gerendae*
*aerumnae, post ex fluvio fortuna resistet".*
*Haec ecfatus pater, germana, repente recessit,*
*nec sese dedit in conspectum corde cupitus,*
*quamquam multa manus ad caeli caerula templa*
*tendebam lacrumans et blanda voce vocabam.*
*Vix aegro tum corde meo me somnus reliquit.*

22 Ed. cit. I. 40-41, pág. 164-167. Frag. 32-48 WARM. 17 DIEHL. Sigo el texto de DIEHL.

23 Ed. cit. I. 107-108, pág. 292-297. Frag. 80-100 WARM. 27 DIEHL. Sigo el texto de DIEHL.

24 [Y cuando presurosa la anciana con manos que temblaban hubo traído lumbre, he aquí lo que entre lágrimas relata la vestal, despertada por la angustia del sueño. "Oh hija de Euridica, a quien amó nuestro padre, el vigor y la vida abandonan ya todo mi cuerpo. Pues un hombre hermoso parecía llevarme entre bellos sauzales, a lo largo de la ribera y por lugares desconocidos. Luego, hermana querida, quedaba sola y parecía andar errante, buscándote con paso indeciso, sin poder encontrarte ni dominar mi corazón. Ningún sendero hacía firme mi pie. Enseguida parecióme oír la voz de mi padre que me llamaba con estas palabras: hija, primero deberás enfrentar muchos sufrimientos, y después a partir de este río tendrá otro rumbo la fortuna. Luego de decirme esto, desapareció súbitamente y no se presentó más ante mi vida, aunque yo tendía sin cesar mis manos hacia los azules ámbitos del cielo y con voz cariñosa lo seguía llamando, hasta que el sueño me dejó, colmado de pesar mi corazón" ].

Debemos sobrentender para este fragmento algunas precisiones anteriores. En primer lugar, la circunstancia (escena o relato) que habrá de motivar el sueño (quizá un diálogo con Euridica), y luego en medio de la sombra el despertar de Ilia, ante lo cual *cita anus attulit lumen.* Es posible que en ese diálogo se adujeran recuerdos de Eneas, palabras, hechos o prodigios, referidos al destino ulterior de la estirpe troyana, o a la fundación de Roma. Así entendemos que el sueño profético contenga los elementos fundamentales que resumen la historia de la vestal. Un bello cippo de relieve representa el sueño de Ilia[25], aunque en su detalle parece diferir del texto poético: en el plano inferior de la cara correspondiente, y ocupando una línea horizontal ligeramente alzada, la vestal dormida en un sueño expectante. El brazo derecho, caído mansamente por el costado del lecho, mientras el izquierdo sirve de apoyo por bajo de la nuca a la cabeza; en el espacio restante, más de las tres cuartas partes del panel, como si sobrevolara en una aérea atmósfera, la figura del dios Marte. No produce esta escena plástica ninguna impresión semejante a la del texto en el pasaje *me visus homo pulcher raptare,* a no ser que el artista haya querido figurar simplemente la teofanía onírica. El conjunto da sin embargo otra impresión, que nos llevaría a pensar en una reelaboración personal de Ennio con el material de la saga latino-troyana.

Un primer examen del fragmento nos sorprende por la repetición de la palabra *corde: corde capessere, corde capitus, aegro cum corde* en expresiones que parecen definir el ritmo interior angustioso, que lleva a este despertar, quizá con un grito *(exterrita somno),* oido por Euridica. Luego *lacrumans* (la vestal) y *tremulis artubus* (la anciana) completan la atomósfera desasosegada y misteriosa del pasaje. Recompondríamos entonces todo el contexto: diálogo precedente, donde no faltarían sugerencias ominosas; la vestal se retira a dormir; adviene el sueño, se despierta atemorizada, Euridica trae lumbre, la vestal cuenta el sueño.

En el cerrado espacio a oscuras en que duerme la vestal se abren sin embargo con el sueño dos ámbitos diferentes: la naturaleza que exhibe un crescendo cósmico contra el crescendo de la soledad y angustia de la soñante, y la profecía que anuncia otros vastos aledaños no entrevistos en el sueño. Al despertar la vestal nos encontramos en la oscuridad del cuarto, pero a los resplandores de la lumbre, portada por Euridica, si distiende en el relato el doble rumbo indicado.

Espacio concreto, espacio interior del sueño, espacio insólito de la profecía producen extrañas sugerencias, que definen por encima de las notas precisas del relato la categoría misteriosa de aquellos tiempos originarios. En el centro de tales sugerencias, la figura notable de la vestal evoca profundidades psíquicas y delicados sesgos de su figura femenina, que puede competir con las de Virgilio y Propercio.

De lo que hemos llamado espacio de la naturaleza, deducimos diferentes planos que culminan con la imperiosa plegaria, no escuchada, de Ilia: *manus ad caeli caerula templa tendebam.* Las sucesivas connotaciones, *amoena salicta, ripas, locos novos, caeli caerula templa,* han transformado la soledad de la soñante dentro del contexto del sueño en un dramático cuadro, donde no falta el delicado contraste entre la sensación insólita, aunque agradable, de *amoena salicta* y el llanto clamoroso y conmovedor: *manus tendebam lacrumans.* ¿Cómo resolvió Ennio luego en el decurso del relato los pormenores del sueño profético? Pues a cada motivo debió corresponderle su realización, somera o detallada en el acontecer épico. Son muy escasos los fragmentos que cubren el lapso entre el sueño

25 A. ROSTAGNI, *op. cit.* I. pág. 233.

de Ilia y el encuentro de la loba. Por los frag. 49-54 nos es posible reconstruir el cumplimiento de la profecía, que Eneas comunica a su hija en el sueño. En la primera advertencia –*aerumnae sunt gerendae*– adivinamos los sufrimientos de Ilia, hasta el cumplimiento de la condena: ser arrojada al Tíber, esas son sus nupcias que prolorgan su amores con Marte; en el segundo motivo es la misteriosa protección del río la que pondrá los gemelos en el contorno de la loba. Rómulo y Remo, hijos de Marte, nacen también de las nupcias de Ilia con el Tíber. Y aquí se entiende la afirmación onírica: *ex fluvio fortuna resistet.*

En lo que atañe al destino de la vestal el término fundamental que le concierne es *aerumnae,* palabra que debemos referir sin duda al carácter de los *fortes Romani,* que Ennio repite por boca de Venus, en lo que podría ser la última teofanía de esta primera sección mítica de los *Annales*: *Ilia dia nepos quas aerumnas tetulisti!*[26]. Pero ¿qué significa propiamente *aerumna*? Ni Ernout ni Walde-Hofmam[27] proponen soluciones etimológicas convincentes. El origen griego o etrusco es una mera hipótesis sin asiderc firme. Además es Ennio quien la incorpora con su valor literario, ético, humanístico y justamente en el sueño que proféticamente decide el destino de Ilia, o sea, el destino de Roma, tanto en su origen como en su despliegue moral y político. Podríamos pensar que procede del territorio osco-mesapio, y que el poeta toma el término de un vocabulario ostensible y nítido[28]. La palabra va a tener fundamental importancia en el contexto de la ética estoica, o sincretista, como vemos en Cicerón. Curiosamente no la registra Virgilio y en Horacio ocurre en un solo pasaje[29].

*Luculli miles collecta viatica multis*
*Aerumnis*

---

26 Frag. 52 WARM. [Illia, de divina ascendencia, qué sufrimientos has sobrellevado!].

27 En los diccionarios etimológicos correspondientes. ERNOUT, s.v. *souffrance, épreuve. Aerumna est défini par* Cic. *aegritudo laboriosa,* Tusc. IV. 8. 18, *et qualifié de tristissimum verbum* [ ... ] *Un emprunt a l'etrusque n'est pas impossible.* WALDE-HOFMANN. s.v., a su vez, parece aceptar la derivación del griego, y en cuanto al sentido moral. espiritual dice: *zur übert. Bed. von aerumna* vgl. engl *cumber "beschweren, überladen":* d. *Kummer.* Niega otras posibilidades etimológicas, y agrega *Herkunft aus dem Etr.* (Ernout) *ist unbergründet.*

28 Pienso que nada tiene que ver con *aer,* y que el grupo consonántico *rmn* que hace pensar en precedentes etruscos, se puede explicar de otra manera (Cf. *vertumnus, alumnus).* Tal vez habría que pensar en *aes,* en tanto la palabra *aerumna* reflejaría mas bien el resultado de un esfuerzo sostenido para obtener el bronce, y lo que con el bronce se fabrica. La palabra correspondería a zonas religiosas de los dioses forjadores, a la inspiración que ellos sugieren a los artesanos, en fin al esfuerzo que completa la obra de materiales dispares e indóciles. Un casco de una coraza, una lanza, etc. son *aerumnae* donde el bronce esplende en una forma que además repliega la indiferencia mostrenca del material. Correspondería para la semántica cristiana a "mortificación", o sea, pasar en cada acto por la muerte de modo de trascenderla. Así como a un romano o a un griego le resultaría insólito e inexplicable el término cristiano, así nos resulta a nosotros la semántica latina. Es esto lo que despista a Ernout que busca un origen etrusco (que por otro lado no aclara ni el término ni el pasaje de Ennio). Cuántas "muertes" hay que forjar para alcanzar el modelo perfecto de *mortem autem crucis;* cuántos bronces hay que dominar en las *aerumnae* disciplinantes, para que la *katábasis* no sea destructiva, sino reveladora en la armonía de lo diurno y lo nocturno! Pues las deidades que proclaman *aerumnae gerendae (aut ferendae)* son las deidades telúricas que conocen el sentido de la sombra. Tal nos parece ser el significado profundo de Ilia y sus *aerumnae* en los *Annales* de Ennio. Lamentablemente no podemos saber si el vocabulario por su reiteración en el poema comportaba una verdadera línea temática, ignorada por los intérpretes modernos. Cf. THESAURUS, s.v.

29 *Epist.* II. 2. 27. THESAURUS, s.v. que discrimina el uso en Plauto (18 veces), Terencio (4) Lucr. (2), Séneca (22). En Ennio *Scaenica* (2), y en *Ann.* (2). Cf. H.D. JOCELYN, *The Tragedies of Ennius. The Fragments edited with an Introduction and commentary.* (Cambridge Univ. Press 1967).

donde está referida a penurias, esfuerzos y trabajos de la guerra. Es posible que en Ennio comporte el doble sentido *físico* (la obra a conseguir o realizar) y *moral* (los sufrimientos y dolores a soportar). Las *aerumnae* de la vestal troyano-latina están en la base de Roma, pues ella es el trámite entre las deidades que la promueven y la deidad histórica que resulta: *dea Roma*. A la delicada figura de quien sueña, al contexto emotivo del sueño, colmado de visiones inatendidas y misteriosas, se suma esta categoría espiritual y ética, que implica una historia más densa. La fundación de Roma entreabre así por la significación de *aerumna* una zona que prepara la exaltación del nombre romano y su inserción *en el curso de sorprendentes acontecimientos* que serán *aerumnae Romanorum*. Las deidades sufrientes son en Grecia de una categoría mítica nocturnal. Corresponden a integraciones rituales, salvíficas en relación con ese sentimiento de unitotalidad, tan profundo en el mundo helénico. Ennio en cambio nos propone en las *aerumnae* de Eneas, de Ilia, de Rómulo y Remo, otra categoría de sufrimiento compartido en la decisión histórica, colmada por el misterioso y penumbroso designio del hombre. El hombre de las *aerumnae*, sería, como dije, el hombre Romano, pero ese contenido inconfundible se cumple en el *homo conditor*, que representa el máximo destino de Roma, que es *potestas aerumnarum*. La estirpe sufriente de Eneas, Ilia, Remo, preludia con sus *aerumnae* la Roma de Rómulo, que será en la historia como la concibe Ennio expresión maternal de una fuerza divina[30].

En cuanto a la segunda parte de la profecía, concierne al destino de Ilia ser con el Tíber el pasaje definitivo entre la enigmática historia troyana y la historia propiamente latina. Se ha cancelado una vasta época mítica; adviene un designio renovador que desentrañará la naturaleza condicionadora del hombre, su riesgo fundante en una historia que no retrocede, que no es cíclica ni depende del ineluctable trasiego de la physis; depende sí de las profundidades no develadas del hombre. Es esto lo que recubre la expresión *fortuna resistet*, nuevamente con resonancias aliterativas y semánticas que alegan o sugieren los *fortes Romani*.

Veamos en primer lugar el sentido obvio del contexto. Sorprende en primer lugar el contraste semántico interno que podría resumirse así: "de éste que fluye *(ex fluvio)* advendrá un motivo, un punto, un giro, de reconversión y firmeza" *(fortuna resistet)*. El texto de Ennio parece contener nuevamente un campo de reflexión histórica, que lo separa de ciertas corrientes del helenismo, ostensibles desde luego al poeta. Y en todo caso en la profecía onírica de Eneas a su hija resuena una experiencia, contrapuesta radicalmente a la que nos propone el famoso soneto de Quevedo[31], que transcribo para destacar por contraste el sentimiento integrador de Ennio. Dice así el breve y denso poema español:

*Buscas en Roma a Roma, oh peregrino,*
*y en Roma misma a Roma no la hallas:*
*cadáver son las que ostentó murallas*
*y tumba de sí propio el Aventino.*

30 Se impondría naturalmente después de este análisis la lectura de los codd. de Cicerón *gerendae*, y no la corrección *ferendae*, no aceptada por Vahlen. Cf. *de divin.* ed. PEASE, *ad loc*.

31 FRANCISCO DE QUEVEDO, *Obras completas*, ed. de F. BUENDIA (Madrid, Aguilar, 1964). Tomo II, pág. 515.

*Yace donde reinaba el Palatino,*
*y limadas del tiempo las medallas*
*más se muestran destrozo a las batallas*
*de las edades que blasón latino.*
*Sólo el Tiber quedó, cuya corriente,*
*si ciudad la regó, ya sepoltura*
*la llora con funesto son doliente.*
*Oh Roma, en tu grandeza, en tu hermosura*
*huyó lo que era firme, y solamente*
*lo fugitivo permanece y dura.*

Venus promete a Ilia, en trance de sufrir la condena, que sus hijos estarán bajo otra protección: *cetera quos peperisti ne cures*[32]. Son las inundaciones del Tíber las que resguardan la loba y los niños: de lo que fluye pues el giro de la fortuna hará suceso incomparable. Es una inundación del Tíber la que sugiere a Quevedo el heraclítico soneto transcripto, con el sentimiento ineluctable del barroco español, atenida a la ruina absoluta de todo lo que existe.

En el texto de Ennio la sentencia *fortuna resistet* merece breve comentario. Hemos subrayado ya su antitética semántica con el *unde: ex fluvio. Pater Tiberinus* recobra en la perspectiva de Ennio un trasfondo religioso latino, que frente a Ilia, a Fortuna, a Venus, configuraciones femeninas, nos ubica en el territorio de los padres, nos previene sobre el relegamiento de las potencias maternales a los horizontes telúricos, genésicos intermediarios. Eneas, Tíber, Rómulo, Remo, etc. coinciden y reafirman los fundamentos de los *patres romani,* sobre cuyo contexto de imperiosas configuraciones se erigirá, desplegará y culminará la sociedad romana. El avance de otras fronteras (púnicas, griegas, orientales) en el siglo II a.C. propondría quizá con anterioridad a la invasión de los cultos orientales en Roma, una última confrontación entre las deidades primitivas mediterráneas y las deidades latinas entroncadas con la vieja religiosidad indoeuropea.

No hay desde luego vínculo etimológico entre *Fortuna* (de *fors*) y *fortis.* Los art. de Walde-Hofmann y Ernout clarifican por cierto el aspecto fonético-morfológico de cada campo semántico, en dos raíces nominales diferentes. Sin embargo habrá que estudiar cómo sintieron los antiguos la resonancia de ambos vocablos y por otra parte cómo aprovecharon la sugerencia externa de un parentesco para sugerir a su vez en Fortuna la ineluctable deidad sin la cual no pueden existir los "fuertes", es decir, *Romani.* En esta perspectiva se entiende el contexto de la profecía, pues *fortuna* impera sobre las ondas que parecen destructoras: en la inundación se cumplen las nupcias de Ilia y el nacimiento histórico de los gemelos, estirpe de la Fortuna. Por eso la ciudad se llamará Roma y no Remora[33], los conmilitones de Rómulo a su vez *Romani,* o sea, los "fuertes", por concesión de la Fortuna. Nos apartaríamos un poco si indagáramos el culto de la diosa Fortuna en Roma y en general en los aledaños latinos y su diferencia semántica e histórica con la *Tykhe* helénica. Pero es indudable que el motivo poético en el relato de Ennio está ligado a un fuerte sentimiento religioso, de amplia radicación en la piedad latina

32 [Por lo demás no tengas cuidado por aquéllos que diste a luz. Frag. 53-54 WARM.]

33 Cf. frag. 80-100 WARM. *Certabant urbem Romam Remoramve vocarent.*

arcaica[34]. Aquí es en el momento épico de los *Annales*, junto con Venus e Ilia, figura fundamental en el nacimiento de Roma. Así entendemos también el verbo *resistet*[35]: lo que parece encaminarse a una ruina definitiva de la estirpe encontrará un momento de detención *(sistet)* y de allí la Fortuna dará un giro *(re-sistet)*, retomando la grandeza prometida a Eneas. Eneas es hijo de diosa + mortal, en cambio Rómulo hijo de dios+ mortal, en lo que parece entreverse un crecimiento de la estirpe. Pero este crecimiento coincide con un nuevo giro de la Fortuna, con las nupcias hídrico-telúricas de Ilia, con los orígenes de una nueva dinastía y una nueva ciudad, ciudad preferida por la *dea Fortuna*, ciudad de los *fortes Romani tamquam caelus profundus*, ¿No entenderíamos así la preferencia por el género masculino, en el texto ya comentado, en tanto la anábasis de la estirpe (dios + mortal) conduce también a un giro que el antiguo mito troyano no contiene?

El segundo fragmento, diversamente interpretado en su secuencia, nos propone sin embargo un ámbito totalmente diferente del primero y nos permite analizar otras condiciones de la poesía épica en Ennio. He aquí su texto y su traducción[36].

*Curantes magna cum cura tum cupientes*
*regni dant operam simul auspicio augurioque;*
*..... <in monte> .....*
*... Remus auspicio se devovet atque secundam*
*solus avem servat. At Romulus pulcher in alto*
*quaerit Aventino, servat genus altivolantum.*
*Certabant urben Romam Remoramve vocarent.*
*Omnibus cura viris uter esset induperator :*
*expectant, veluti quom mittere signum*
*volt, omnes avidi spectant and carceris oras*
*quam mox emittat pictis e faucibus currus :*
*sic expectabat populus atque ore timebat,*
*rebus, utri magni victoria sit data regni.*
*Interea sol albus recessit in infera noctis.*

---

34 Cf. GEORGE WISSOWA, *Religion und Kultus der Römer*[2] (München, Beck, 1912), pág. 256/sgs. y en particular la erección del *fanum Fortis Fortunae*. Asimismo KURT LATTE, *Römische Religionsgeschichte* (München, Beck, 1960), pág. 176/sgs.

35 Cf. la nota de PEASE, en *de divinatione, ad loc.*

36 [Inquietos con magna inquietud, codiciosos los dos por el reino, al mismo tiempo concentran sus gestos en los auspicios y augurios. ‹En un monte› Remo se consagra a los auspicios y apartado observa esperando un ave favorable. En cambio Rómulo, hermoso, inquiere en el alto Aventino y observa las características de las que pasan volando. Disputaban si llamarían Roma o Rémora la ciudad. Era la expectativa como cuando el cónsul va a dar la señal, todos entonces miran hacia los lindes del encierro para ver con qué prontitud surjan los carros desde las fauces pintadas, así esperaba el pueblo y reflejaba en su rostro temor por estas cosas ‹hasta advertir› de qué forma a uno de los dos le sería otorgada la victoria del gran reino. Entretanto el sol de brillo blaquecino se hundía en los profundos espacios de la noche. Luego, resplandeciente se manifestó la luz activa con sus rayos y en el mismo momento desde lo alto y desde lejos voló por la izquierda y de frente un ave bellísima, y áúreo nace el sol. Avanzan desde el cielo los santos cuerpos de doce aves y se colocan en lugares favorables y propicios. De una sola mirada comprende Rómulo que en propiedad le eran otorgados de modo estable escaños y suelo del reino.]

*Exin candida se radiis dedit icta foras lux;*
*et simul ex alto longe pulcherruma praepes*
*laeva volavit avis, simul aureus exoritur sol.*
*Cedunt de caelo ter quattuor corpora sancta*
*avium, praepetibus sese pulchrisque locis dant.*
*Conspicit inde sibi data Romulus esse propritim*
*auspicio regni stabilita scamna solumque.*

O. Skutsch ha sometido este pasaje a un minucioso análisis topográfico-histórico que en todo caso haría suponer una cuidadosa composición, a veces mal interpretada por el lector moderno (por ej. el caso de *sol albus*)[37]. Nos orientamos aquí por otros rumbos según el modelo de los análisis precedentes.

Los dos primeros versos que no sabemos como ensamblaban en el relato (ya que *in monte* parece una recapitulación de Cicerón)[38] presentan tres zonas semánticas diferentes: a) la que corresponde a *cura;* b) *cupientes regni;* c) *auspicio augurioque.* La extensa descripción ulterior del pasaje contiene otros elementos importantes, dignos de atención.

La expresión *curantes magna cum cura,* además de la aliteración, el límite fónico *u - a - u - a* en la sucesión vocálica, y la figura etimológica nos presenta el problema de *cura-curare,* subrayado precisamente por los elementos externos fónicos, sintácticos, etimológicos. Una *magna cura* antecede, preanuncia y preside los orígenes de Roma. Si recordamos la perspectiva de las *aerumnae,* propuestas en la profecía, el término *cura* prolongaría aquellos significados en el territorio espiritual, en el hondo estrato de las condiciones psíquicas de los humanos y por tanto en una zona de *conflictos, angustias, motivaciones, que son recursos inesperados* en la confrontación de los dos hermanos. Roma adviene por los *aerumnae* de Ilia (horizonte del dolor maternal) y por la *cura,* trágica, de Rómulo y Remo, horizonte de las decisiones viriles que son imperativas y contradictorias. Debemos suponer que en la secuencia precedente al fragmento, Ennio proponía la causa de esta *cura,* tanto en el aspecto objetivo de los auspicios, cuanto en la tensión interior de los personajes. Es posible suponer una deliberación, breves palabras de cada uno de los hermanos, resolución de confiar en los signos augurales para dirimir el conflicto: de aquí *curantes magna cum cura.* Además esa atmósfera se prolonga en la descripción ulterior: *omnibus cura viris.* Como en el caso de *corde,* repetido en el frag. de Ilia, aquí la repetición de *cura* liga todo el contexto divino-humano, y dentro de éste, todo el contexto de los hombres y la ciudad. Pero ¿cómo podemos entender la semántica de *cura* en Ennio, para entender las perspectivas aducidas? Es posible haya habido en el poema una interpretación del conflicto, que adviene de modo externo como *aerumna* de Rómulo, de modo profundo como signo de una ruptura histórica[39]: la fundación de Roma es realización de ese signo y causa funda-

37 Cf. O. SKUTSCH, *Enniana* IV. *Condendae Urbis auspicia,* en CQ. XI. 1961, pág. 252-267.

38 *De divinatione,* I. 48. 107, ed. PEASE, quien resume en la nota 1, de pág. 293 las referencias de otras fuentes que deben ser confrontadas con este pasaje, y las diversas soluciones filológicas modernas. Pero el problema de la interpretación del locativo no cambia el sentido general de la estructura descriptiva, y sobre todo la impresión de expectativa sagrada que denotan los hexámetros de Ennio.

39 Cf. THESAURUS, s.v. *aerumna* y la nota de Char., Gramm. I. 98.12: (ex Ennio) *erumnam E. a per "e" solum scribi posse, quod mentem eruat, per "a" quod maerorem nutriat.*

mental del conflicto. Los frag. 101 y 102-103[40] dejan entrever el desarrollo de la controversia y su áspera y dura contraparte. La *magna cura* radica pues en una dimensión diferente a la del episodio de Ilia, en un cierto sentido aduce el pleno designio de la historicidad de Roma, que se distingue así de otras fundaciones míticas. La interpretación de Virgilio[41] de colocar a *Cura* en el vestíbulo infernal define la consecuencia extrema implícita en el texto de Ennio, salvo que en Virgilio ahonda otras perspectivas de la existencia. *Cura* como la *Eris* hesiódica tiene una doble dimensión: las *ultrices curae* que develan las profundidades erosivas del mundo, y aquellas otras que ingresan como intermediación activa del orden olímpico: *curis acuens mortalia corda*[42]. Los dos motivos parecen inviscerados en el texto de Ennio y por tanto referidos al concreto destino de la ciudad. Por eso mismo *magna cura* es una conciliación del orden romano, aplicado a ligar la ciudad y una vastedad telúrica que la trasciende. A la *magna cura* que devela la común situación anímica de los hermanos *(curantes)*, contagiada como he dicho a todos los que éstos comandan, responde en la resolución del augurio *magnum regnum*, espacio y efecto de aquella manifestación.

Luego *cupientes regni* : por la aliteración *cu-ra* / *cu-pio* (que a su vez se prolonga en *o-pe-ram, aus-pi-cio)* el poeta sugiere el terrible trasfondo que está en Roma y espera a Roma, la *cupiditas regni.* Mientras *cura* diseña un contexto entitativo general, entendido como una dimensión que liga el ser a la energía de *cura cupientes* en cambio previene sobre situaciones humanas concretas. Empero la restricción de *regni* implica circunscribir en definitiva un campo complejo: *cura,cupire, regnum.* En *regnum* (que es *magnum regnum)* confluirían todas las significaciones entitativas concretas, y como trasfondo de su realización inminente, el horizonte de *cura* omnicromprensiva.

Finalmente *auspicio augurioque.* En la traducción he mantenido la referencia de *simul* a la pareja y simultánea actitud de los hermanos, Rómulo en el Aventino, Remo en el Palatino(?). Pero no está excluida la posibilidad de que el adverbio refuerce la expresión binaria, en el sentido de que producido el auspicio (o sea la presencia de la o de las aves ominosas), el augurio (o sea la interpretación) será inmediato e inapelable, Así lo da a entender la secuencia ulterior del pasaje:

*Conspicit inde sibi data Romulus esse propritim*
*auspicio regni stabilita scamma solumque.*

Más importante que ese matiz concurrente y compatible con el anterior es sin embargo la mención de una instancia diferente a las diseñadas por *cura* (trasfondo de una dinámica connatural al mundo) y por *cupiditas regni* (un horizonte que compromete las acciones concretas de hombres concretos). Un eje divino-humano liga a Rómulo con la ciudad que ya tiene nombre, y la estirpe de Venus, Eneas, Ilia, Marte, Tíber, Rómulo realiza el paso hacia aquel ámbito, que será por excelencia el *templum* para todo auspicio y todo augurio.

40 El frag. 101 son palabras de Remo, que se burla de los muros de Roma; en cambio el frag. 102-103, la imprecación de Rómulo que decide la muerte de Remo. En su parquedad los dos contextos tienen algo del tono trágico, propio de Ennio.

41 *Aen.* VI. 273-274, *Vestibulum ante ipsum primisque in faucibus Orci Luctus et ultrices posuere cubilia Curae.*

42 VIRG. *Georg.* I. 123.

Los vv. 1-4 del frag. b) presentan con término descriptivos semejantes, la vigilia augural de los gemelos. Una cierta pobreza o parquedad representativa contrasta con la ulterior resonancia cósmico-sacral (v. 5/sgs.) *Remus avem servat / Romulus servat genus altivolantum,* con esas condiciones de parquedad mencionada, parecen subrayar la quietud externa, que cubre sin embargo la *magna cura.* Un solo detalle empero preanuncia fundamentales disyunciones o resoluciones en los acontecimientos, sobreentendidos en el rumbo de los auspicios: Remo *solus*/Rómulo *pulcher.* El epíteto *solus* separa ya a Remo: debemos entender que él mismo se hace *augur.* En cambio el epíteto *pulcher* destaca, desde el lado de Rómulo, una diferencia física de los dos hermanos (ya sea en el sentido personal, ya sea en el sentido de la disposición del auspicio), que es también premonición del destino incógnito de cada uno. Sin caer en los requerimientos inalcanzables de Skutsch, reconstruyamos la escena: en el Palatino (?) u otra colina, u otra ladera, Remo tal vez de una cierta fealdad física, o en incorrecta ubicación, solo, sin cortejo de conmilitones y augures, *secundam servat avem* . En el Aventino, Rómulo, *pulcher,* rodeado de pocos conmilitones y de sus augures, *servat genus altivolantum.* En las laderas, al pie de los montes o quizá hacia las riberas del Tíber, la multitud espera en silencio, aunque poseída también por *cura (omnibus cura viris),* el resultado del auspicio y augurio. Siguen luego cinco hexámetros destinados a precisar con la comparación del carro que en el circo se lanza a la carrera, la expectativa y el temor de la gente, ante esa justa en que intervienen, para dirimir la disputa, los signos augurales de los dioses. Parece preferible mantener el texto *ore timebat rebus* (con el rostro expresaba su temor ante estas cosas), pues de este modo se completa, para el caso de *populus,* la manifestación de *cura : expectare* (repetido dos veces), *avidus, ore timere,* al término de la relación descriptiva en cuanto a la gente.

Los seis hexámetros siguientes nos proponen el contexto cósmico augural, de gran fuerza y belleza descriptivas, y de notables sugerencias recapitulatorias, en el momento sacro de Roma que nace. En primer lugar, plantéase la cuestión cronológica implícita en el texto, confundida a veces por las discusiones acerca de la expresión *sol albus.* Veamos en primer lugar esta cuestión. *Sol albus – aureus sol* enmarcan indudablemente el cumplimiento del auspicio. La posición respectiva de los epítetos, el hexámetro con final monosilábico (precisamente *sol : ēxŏrĭtŭr sōl)* y los diferentes detalles compositivos sugieren una cuidadosa estructura poética, colmada de intenciones significativas, más allá de la letra, en la que el ritmo por supuesto es el marco de tales designios líricos. Por lo mismo, resolver la expresión *sol albus = luna* parece una banalidad literaria, un poco ajena al temperamento de Ennio y a esta solemne vislumbre de la grandeza originaria de Roma. ¿Podría acaso referirse a un cometa que en el crepúsculo ofrecía un brillo estelar, o a la estrella vespertina, Venus, cuyo ocaso en el horizonte, como teofanía que completa la promesa de la diosa a Ilia, preludia el nacimiento de *sol aureus,* o sea, de Roma? Tendríamos pues las siguientes interpretaciones: el *sol* crepuscular según la literalidad del contexto; la *luna* según el epíteto; *Venus* vespertino; *cometa* concurrente en el auspicio. Creo que en el desarrollo ulterior de la acción augural, algún detalle indicaría el rumbo cierto y sobre todo la intención curiosa de la expresión. En este sentido, no están excluidas otras interpretaciones, precisamente a partir del epíteto *albus.* Veamos brevemente esta cuestión. Si examinamos el artº *albus* en el *Thesaurus,* podríamos advertir algunos pormenores interesantes. En primer lugar, en cuanto connotación de color, *albus* puede aplicarse a *sol,* como se aplica al vino en PLINIO, *hist. nat.* XIV. 80, por ej.: *colores vinis quattuor, albus, fulvus, sanguineus, niger,* o sea, un dorado transparente y mate, diferen-

te del dorado denso, brillante, y resplandeciente de la aurora. Pero también podría aludir, como signo meteorológico, al anuncio de un día brillante y despejado (o sea, el *sol aureus* de la mañana siguiente), tal como Horacio usa el epíteto en *Od.* I. VII. 15: *albus ut obscuro deterget nubila caelo/saepe Notus.* [ Tal como a menudo el *blanco* Noto (o sea, que ocasiona un tiempo *brillante* y *despejado)* limpia el oscuro cielo de nubes]. Luego, la connotación de color aludiría al ocaso de Alba Longa: el sol *albus,* que cumple su último ciclo, pues emerge el sol de Roma. Y tal vez si atendemos al frag. de DIOD. VII. 5.3 *(Thes.* s.v.): *Alba Longa, que era así llamada por el nombre del río, denominado Alba y ahora Tíber,* y en este caso por encima de las resonancias de color, se propondría claro está el advenimiento de otra historia: la de Tíber-Roma[43].

Reconstruyamos entonces las circunstancias locales, temporales, operativas y simbólicas de estos auspicios, propuestos para dirimir la contienda entre los dos hermanos. En los montes Aventino y Palatino, respectivamente, Rómulo y Remo esperan el vuelo de la o de las aves augurales. Probablemente, han transcurrido varios días, en preparaciones, observaciones, determinaciones rituales. Pero el fragmento circunscribe el momento culminante de la expectativa, según dijimos ya: el último atardecer, previo al dictamen divino en el auspicio del Aventino, que ocurrirá en la aurora del día siguiente. Pero ese último atardecer es la cancelación del reino de Alba Longa, cuyo sol entra en el ocaso; cumplida la noche en vigilia, adviene esplendoroso el sol de la nueva ciudad. Así entendemos también el nombre *Aventinus,* nombre aitiológico, seguramente, derivado del augurio que instala a Roma, ciudad de Rómulo. Pues no cabe dudar sobre la etimología, en relación con *aveo* (desear ardientemente), con que se vincula precisamente *avidus*[44]. Es el monte de la ardiente expectativa de Rómulo y sus conmilitones, el lugar en que se cumplen auspicio y augurio y por resonancia aliterativa o juego etimológico concurrente, donde *laeva volavit avis: avem* (v. 84), *Aventino* (v. 85), *avidi* (v. 89), *avis* (v. 96), *avium* (v. 98). *Mons. Aventinus* sugiere: monte en que se cumple la expectativa de Rómulo, monte en que acontece el vuelo propicio de las aves y el augurio que abre entonces la existencia de Roma. ¿Para qué mencionar el lugar en que se encontraba Remo?

Digamos finalmente dos palabras sobre el contorno cósmico. Dos límites encuadran la escena en la descripción del augurio: *infera noctis,* como un mundo que queda atrás en el ocaso de ese *sol albus,* ya comentado. Luego *lux* y *aureus sol,* que enmarcan curiosamente el vuelo de *pulcherruma praepes laeva avis,* cuyo epíteto descriptivo parece una resonancia de *Romulus pulcher* y cuyo paso por el campo augural, precisado de antemano, es al mismo tiempo anuncio de la grandeza de Roma en el sol que nace. De aquí la importancia de *praepes,* opuesto a *infera,* pero no con el mero valor de *altus* sino tal vez de anticipo luminoso y definitivo en su propio rumbo, como recognición profética de la anábasis de Roma.

En las colinas que serán contorno sacro de la ciudad, en el paso de aquel crepúsculo connotado por *sol albus,* último crepúsculo que cubre el reino de Alba Longa; en la

43 WARMINGTON traduce lit. *the white sun,* y dice con toda razón: *Here "sol" has been taken to mean the moon. But if Ennius meant moon, why did he not write "luna alba"? It may be that Romulus and Remus went out at night and waited; at dawn came the crowd of followers. The sun has risen; is hidden by a cloud (infera noctis); it shines again brightly. Then come the birds.* (pág. 30-31). Sin embargo hay otras posibilidades de interpretación, que no quite el dramatismo en el paso de la noche al nuevo sol, el sol de Roma.

44 Cf. WALDE – HOFMANN, s.v.

noche expectante que mantiene en vigilia a los hermanos (augures determinados a observar y resolver el lenguaje de los signos auspiciales); en la aurora que acompaña la certeza del ave favorable el sol, romano ahora, luce *aureus,* como esplendor que inicia otros ciclos de los tiempos. Esta vasta conciliación cósmica, preludio de Roma, corónase con los doce *corpora sancta* que cubren con su vuelo majestuoso todo el campo augural. ¿Qué aves son éstas que en formación de cuatro en cuatro parecen aludir al denso contexto de la historia que espera? De todos modos, en esa aurora el Aventino se torna en eje mundano, cuya cúspide con el sol magnífico ingresa en los términos celestes y cuya raíz, hincada en *infera noctis* congrega a los reinos abolidos, las energías telúricas, las antiguas *aerumnae* fundacionales de los pueblos itálicos y los penates troyanos.

En la vasta configuración cósmica el eje aventino, en que Rómulo escruta los signos augurales, concilia pues *di inferi, di superi, genius latinus;* el vuelo hierático de los *corpora sancta* trazan el eje horizontal, tal vez con resonancias solares, zodiacales con que comienza la historia de Roma: convergencia en el centro ahora develado, en el *induperator* que recela al mismo tiempo el nombre de la ciudad y el acto fundacional propiamente dicho. Pues estos *corpora sancta* ocupan y pasan también *praepetibus pulchrisque locis.* El epíteto *pulcher,* tomado indudablemente de la lengua augural latina, parece definir en el contexto del pasaje, un ciclo que enlaza augur, ave, espacio teofánico. Pero ¿qué es *pulcher?* En fin, aves y lugares connotan además la categoría de *praepes.* Pero ¿qué es en definitiva esta condición?

Simplemente he querido desentreñar la riqueza y densidad del fragmento, en este proemio histórico-mítico de los *Annales,* cuyo sentido se resumiría en una cosmofanía, que incluye en ejes concurrentes la develación del *imperator,* y en su nombre la develación de la ciudad. Como cuadra a la tradición religiosa latina no hay figuras divinas, propiamente dichas, no hay teofanía, en el sentido estricto del vocablo. Podríamos hablar de una *kratofanía,* o de una *hierofanía* que en la semántica latina expresarían los términos *pulcher, praepes, sancta,* cuyas energías sacralizadoras pasarán desde luego a la ciudad. Roma será pues el ámbito de este *kratein* divino, de este *hierático* acontecer centrípeto, será *pulchra, praepes, sancta.*

## IV

No es mi intención explorar ahora, en este análisis, las complejas dimensiones literarias de los fragmentos de Ennio. Los ejemplos aducidos, la densidad que se impone en los tramos mayores conservados en la tradición manuscrita latina, la lengua poética al parecer siempre alertada, en una sorprendente unión de raíces semánticas y despliegue histórico-descriptivo, y en fin las indudables resonancias de un pensamiento que aunque forjado en las zonas epigonales del área griega se impone sin embargo con un cierto vigor de la penumbra, intuida por el poeta en los horizontes itálicos, todo ello pues recapitula para nosotros la fundación de otros ámbitos espirituales, de otros espacios congruentes no accesibles a las antiguas fragmentaciones lingüísticas de la península.

Hemos recorrido, según el método de reconstrucción histórico-filológica el contexto en que se ubica Ennio. En un segundo paso hemos probado la densidad lírica de su texto insigne, sostenido por fuerzas contrastantes y constructivas. Ellas le dan asidero en el nuevo ciclo itálico (que afecta ulteriormente la historia universal) y consistencia semántica en las nuevas recurrencias del sentido poético indoeuropeo que abren otros aledaños impensados para el viejo latín. En el tercer tramo, de carácter más especulativo, deduciremos aquellos presupuestos que hacen de Ennio un poeta fundante, inscripto en la estir-

pe hölderliniana, ya aducida, y por ende afrontaremos ciertos reclamos de una filosofía de la palabra poética. Pues Ennio por ser un poeta de períodos originarios, recompone de modo característico los niveles de la palabra, y muestra como se abren en los espacios líricos insólitas resonancias o recapitulaciones, incógnitos trasfondos, presunciones sagradas de una existencia más densa y más alta.

Vamos a partir en este tercer giro una circunstancia notable en el relato del poeta mesapio: la estructura lineal abierta, que desde los orígenes de la saga latino-troyana avanza hasta los grandes acontecimientos, contemporáneos a la vida del poeta. A primera vista encontraríamos el ritmo de una "crónica" congruente con el carácter archivístico del pueblo romano: en la curia senatorial, en los colegios pontificales, en las gestas consulares, etc. anticípase, según algunos, el depósito burocrático de los documentos de estado, o las tablas interpretativas de una religión formalista y ritualística, que invade todos los contornos y todos los ámbitos de Roma. Ennio y Tito Livio, en períodos diferentes y por razones diferentes, serían testimonios de esta condición de la romanidad literaria. Los *Annales* de Ennio y las construcciones prosísticas de Tito Livio *ab urbe condita* corresponderían pues según esta interpretación a un estadio en la concepción de la historicidad del hombre, a una etapa pre-científica en la elaboración de la "historia formulada", en fin a un recurso primitivo en cuanto al método de investigación, análisis y recepción de la historia existencial vivida en la historia interpretada. Tales presunciones obedecen a causas bastante contradictorias en el pensamiento post-renacentista y moderno, que podemos reducir a tres: 1) la presunción de que entre la historia existencial vivida y la proferición en el lenguaje de la historia literaria existe la misma relación que entre palabra y natura; 2) la presunción de que el método analítico-sintético de las ciencias de la *physis* incluye y determina el método de la historia, como un capítulo de la *physis* del hombre, caso particular a su vez de la *physis* a secas; 3) la tendencia a suponer que al margen del carácter iluminante del lenguaje puedo construir la proferición literaria, la ciencia histórica, con tanta certeza apodíctica como la que deduzco o induzco de las mediciones cuantitativas de los fenómenos naturales. Mientras perduró el imperio epistemológico de esta triple atadura axiomática, Ennio o Virgilio, Homero o Píndaro, Tucídides o Tácito, entraban sin mayores distinciones en aquella etapa pre-científica, pre-analítica, en los lapsos que conducen a la lumbre condicionadora de la razón. Pero tales presupuestos se han derrumbado, sacudidos por las interpretaciones novísimas de la física y de la lingüística modernas, por la revaloración semántica del lenguaje poético, modelo último de la *physis* combinatoria, en fin por corrientes que revaloran al hombre como signo complejo de la *physis,* que no se agota sin embargo como mero resumen de ésta, y a la *physis* como signo del hombre, pero que no se agota empero como estructura elemental que la une al hombre. En otros términos, una physica renovada, una antropología que clama por los niveles pneumáticos del hombre, y una filología o una lingüística que advierten que todas sus construcciones positivas no alcanzan a develar el misterio del lenguaje poético, sacuden sin remanso posible la vasta contextura del saber post-renacentista. He ahí el marco sobrecogedor para el profundo desasosiego del hombre contemporáneo, he ahí también sin embargo el notable estímulo para una relectura de la *physis,* del hombre, del lenguaje lírico. Por esto en el repaso de los fragmentos de Ennio alumbra un indeciso fulgor de otras recónditas profundidades, la penumbra misteriosa que cuida con maternal cobijamiento los orígenes de Roma, su recepción en la palabra poética, en fin el destino prefigurado allí de su grandeza universal.

Ahora bien, el descenso mítico, postulado en las reflexiones precedentes, nos lleva

a un centro histórico; es el despliegue de este centro el que Ennio explora con su palabra, incardinando el desarrollo lineal en la fundación romana. Sería pues posible postular que el poeta mesapio develó a los mismos romanos lo que estaba oculto o implícito en la trama de las acciones, que de fenómeno irrestricto se tornan en sentido irrestricto.

Así como Ennio parece postular con la estructura de su obra la categoría abierta de la historia y al mismo tiempo por referirla a un centro presume anticipar en ella una organicidad universal, así también previene sobre ciertas categorías de la palabra, en una reflexión frecuentemente discutida por la filología moderna. Recapitularemos esa problemática como punto de partida de nuestro tema congruente: Ennio y la palabra poética. Pero desde ya advirtamos que en estos requerimientos definimos otras implicancias, no siempre ostensibles ni aceptables para la filología, como ciencia reconstructiva de los textos. Sin embargo, como ya anticipé, ese traslado a niveles de interpretación general procede de los valores absolutos de la palabra lírica, que entraña de suyo una existencia plena del mundo.

Dos textos relacionados debemos recordar en este sentido: el proemio del libro I[45] y el proemio del libro VII[46]. El primero corresponde a la apertura general de la obra, y los restantes al momento en que el poema entra a relatar la segunda guerra púnica. Dos temas conviene destacar en los exiguos restos de esos pasajes al parecer importantes: 1) la valoración de la *musa,* por un lado; 2) la depreciación de *vates,* como si perteneciera a una abolida penumbra, y dentro de estos trasfondos la curiosa expresión de Ennio *dicti studiosus (philologus),* que parece denotar la articulación estético-filosófica entre palabra y pensamiento. De allí la notable perspectiva que se abre a nuestra consideración: Ennio *poeta, filósofo, filólogo.* Pero veamos con mayor detenimiento los temas propuestos.

En primer lugar, la conquista del Lacio y del latín por la Musa, como una resonancia cosmogónica, lírica y lingüística que cancela las antiguas *Camenae.* ¿Por qué esta sustitución y en qué medida la reflexiva elección y el designio consciente de Ennio implica una revaloración del horizonte de la palabra? Apartamos las rutinarias explicaciones, impuestas desde el siglo XIX por una imprecisa interpretación tanto de Ennio cuanto de la Musa, y nos orientamos a reconstruir otro horizonte, un poco más congruente y más acorde con la naturaleza recurrente del pensar antiguo.

El testimonio de Cicerón[47], subrayado con razón por Bignone, Rostagni y otros, nos indica quizá un punto de partida, ya que en él convergen los hechos históricos que pasan a ser relato poético, en la estructura lineal del poema; el traslado cultual y estético de las Musas al ámbito romano, en fin el vínculo de Ennio con el conductor de la guerra etólica Marco Fulvio Nobilior, que realiza la conciliación de "romanidad" viril, heroica, patricia (del período de los orígenes fundacionales) y "revaloración estética" de una palabra destinada ahora a profundizar la conciencia romana del vínculo entre gesto que dispone y soplo significante que corona. Ennio abre así el camino de la historia universal interpretada y del marco humanístico de la poesía, empeño superior al mero ejercicio imitativo. La primera dispensación que se eleva sobre los hechos mos-

45 Frag. 1. WARM.

46 Frag. 228 a 232-234 WARM.

47 En *pro Archia,* XI. 27: *Iam vero ille qui cum Aetolis Ennio comite bellavit, Fulvius dubitavit Martis manubias Musis consecrare.*

trencos o que los profundiza en sus vínculos promotores, es decir lo que llamo historia universal interpretada, comunica al latín la vasta expansión de una semántica más duradera que el imperio; la segunda, reasunción o despliegue hexamétrico concede a Roma y a los romanos, una categoría no inscripta en los orígenes, pero congruente con la lengua y la estirpe que la conlleva, a saber: que ningún orden cosmogónico, divino, telúrico, histórico; ningún gesto de los dioses, ningún cosmos elemental, ninguna interacción trágica de los hombres alcanza puntual completidad sin su ingreso en el reino de la celebración, del *Rühmen* rilkeano constitutivo de una existencia que no pasa, de una existencia más densa, o como dice Rilke, curiosamente, más fuerte. Los *fortes Romani* son por eso "más fuertes" después que adviene en la semántica latina el sobrespacio lírico que la corona, o sea, el despliegue de los *Annales,* y esta coyuntura notable en el siglo II a.C., al término de la segunda guerra púnica, tiene sin duda un significado fundamental. Entre el horizonte de tiniebla satánica que hace presentir el frag. 23748.

*Poeni suos soliti dis sacrificare puellos*

y el reino de la Musa que es ético por ser estético, media un abismo insondable. Y no en vano el proemio del libro VII, que forma parte como dije de los textos fundamentales, para esta problemática, ocurre precisamente en la apertura de la segunda guerra púnica. En este sentido es curioso destacar que modernamente haya sido no un filólogo profesional, sino un artista el que haya llamado la atención sobre lo que llamaríamos coyuntura romano-púnica para occidente. Me refiero a Chesterton y a su obra *El hombre eterno.*

En cuanto al testimonio, ya aducido de Cicerón, sabemos que M. Fulvio Nobilior después de la toma de Ambracia trajo a Roma las estatuas de las Musas, e hizo construir un templo en honor de ellas y de Hércules. Es posible estuviera compuesta ya la mayor parte de los *Annales,* cuyo libro XV está consagrado a los acontecimientos de la guerra etólica; por ende la conversión estética de Ennio precede en algunos años a la exaltación cultual que confiere a las Musas el conquistador Romano, probablemente por inspiración del poeta. Pero no resulta claro ni en Cicerón ni en otros testimonios esta asociación religiosa y el sentido que podemos atribuir al gesto consagratorio de Fulvio Nobilior o a la reinterpretación lírica del poeta. Sin embargo, debemos recordar el trasfondo pitagórico-estoico, presente en las orientaciones de Ennio, y la común filiación hiperbórea en que se inscriben Hércules y las Musas[49]. Es precisamente esa filiación la que nos daría la clave para reinterpretar estos antecedentes de la poesía arcaica latina. En otras palabras, en el decurso de acontecimientos de dimensión sobrecogedora, en la dura confrontación de pueblos y configuraciones lingüísticas, durante los siglos III y II a.C., alumbra en Roma la clarificación de una poesía que Ennio distingue de la mera proferición, afincada en el espíritu localista de los cultos agrarios y que no se incardina precisamente con el vasto acontecer cosmogónico, con la expansión prodigiosa de la semántica lingüística, ni con la tradición fundacional que hace de la saga latina un centro de referencia ineludible para todo el panorama itálico no helénico. La confrontación

48 [Los púnicos han acostumbrado a sacrificar niñitos a sus dioses].

49 Para estos temas pitagóricos, y la veneración de Pitágoras a las Musas, cf. el libro de C.J. de VOGEL, *Pythagoras and early Pythagoreanism (An interpretation of neglected evidence on the philosopher Pythagoras).* (Assen, van Gorcum, 1966) en part. pág. 106/sgs.

Roma y Hélade resulta entonces mucho más profunda y decisiva de lo que afirma una historia literaria externa, poco dispuesta a entrever interacciones promotoras.

Debemos interpretar pues el vínculo hiperbóreo entre Apolo, Musas, Hércules, que también recibe el epíteto *Musagetes*. Es posible que este vínculo corresponda a períodos prehelenísticos e incluso preclásicos en épocas en que se consolida y difunde la religión olímpica. Pero en esta ocasión, sin entrar en la compleja historia mítica del ciclo de Hércules, nos interesa más bien destacar que en las Musas redescubre Ennio la virtud iluminante y plenificante de la palabra apolínea, lo que sería la vía lírica en la plenitud del mundo; y en Hércules el sentido de los *erga* que purifican y trascienden, lo que sería la vía heroica de construcción de un mundo renovado por el reino de Zeus. La función hiperbórea pues corresponde a los valores iluminantes de la palabra poética, a la inserción de una *virtus* constructiva, que desaloja y reprime las fuerzas salvajes, las violencias titánicas y tartáricas, las deformaciones que destruyen la conciliación de la *physis*. Pero también subraya ese contexto hiperbóreo un vínculo de magisterio indeleble, una tradición que en la saga, el mito y el relato poético propone una vía de ascenso a las profundidades del reino luminoso de Apolo. Así entendemos el giro *dicti studiosus*[50], pues el reino del logos es el reino de Apolo, y el poeta integra el misterioso peso del sentido en el *logos prophorikós*. Y así abrimos desde la perspectiva lírica de la palabra, *los trasfondos de una teología de la palabra,* en cuanto ésta, la palabra, reconduce de alguna manera a las profundidades divinas, no ostensibles en la fenomenología cotidiana.

La función hiperbórea es pues reclamo de la beatitud en el campo semántico del relato, inserción en el magisterio apolíneo, aceptación del soplo significante de la Musa, pedagogía heroica que en los trabajos de Hércules presume los recursos fundantes, capaces de conciliar los niveles teocosmogónicos del hombre. La poesía es pues construcción del hombre: Hércules y las Musas son patencia inequívoca del hombre olímpico.

Otras curiosas resonancias podrían sospecharse, si recordamos los vínculos de Hércules y el Lacio[51], según la saga anterior a la fundación de Roma, que por un cierto sesgo sería ciudad heráclica, cargada de *aerumnae*, que despejan el camino a los siglos áureos Siglos hiperbóreos, siglos aúreos, siglos apolíneos, siglos saturnios, siglos heráclicos parecerían constituir una serie develadora de las fuentes espirituales que pugna por encontrar el camino de la más vasta conciliación entre las deidades y el mundo. En ese camino la poesía es develación de las fuentes, fundación de una convivencia en que las antiguas *Erscheinungen* hiperbóreas se truecan en dispensación histórica: lo mostrenco se abre a la universalidad de las formas, lo arriscado y aldeano al designio de una lengua que en la Urbe congrega ahora otras energías históricas; la universalidad del pensar griego en concreto ámbito cultural en que trasiegan otras energías dormidas del itálico o del indoeuropeo; en fin, la historia mítica en tiempo que se adensa en las magnas confrontaciones mediterráneas. Pero es inútil toda clave interpretativa de esta vasta remoción y transformación espirituales, si no colocamos en el inicio la doble función hiperbórea que Ennio comunica a la lengua, en su reconquista de un ámbito semántico,

50 Frag. 232-234 WARM: *nec dicti studiosus quisquam erat ante hunc*. Cf. FR. LEO, *op. cit.*, pág. 164.

51 VIRG. *Aen.* VIII. v. 102-308, en particular el relato de Evandro sobre la mítica historia de Hércules y Caco. Cf. sobre este punto L. –A. CONSTANS, *L'Enéide de Virgile. Etude et Analyse* (Paris, Mellottée, s/f.), en part. el *cap. Enée sur le site de Rome*, pág. 278-294.

sacro e histórico, al mismo tiempo; y a la ciudad el triunfo de la voluntad agente que despierte en el abatimiento de los púnicos las recónditas audacias del *homo conditor*. Lo primero es la vía lírica y apolínea de las Musas; lo segundo es la vía heroica en que acto y palabra hacen habitar sobre la tierra purificada la beatitud de las Hespérides, recóndita transfiguración más alta y misteriosa que el reino saturnio.

Según estas dilucidaciones debemos afrontar el segundo punto, propuesto como signo hermenéutico para reordenar las concepciones estéticas de Ennio. Me refiero al problema que plantea la depreciación del término *vates*, sobre lo que conviene precisar algunos pormenores interesantes.

La historia del término *vates*[52] sigue presentando zonas oscuras en la historia lingüística del latín. El trajinado problema etimológico (raíz céltica, raíz etrusca, raíz latina)[53] no ayuda mucho en este caso a discriminar la intención de Ennio y a confrontarla luego con la intención de Virgilio y sucesores, que parecen revertir las connotaciones de Ennio. Pero quizá en definitiva el vínculo *vates, faunus, fatuus* corresponde a un área específicamente latina de una proferición ancestral, ligada al contorno campesino y a un orden cultual, celebratorio, mágico, a los que se adscriben los ritmos saturnios. Ennio precisamente pretende separar la *poesía* y el *poeta* de aquella antigua edad perdida en la niebla de un vínculo mágico entre hombre y natura: por el lado de ésta *faunus*, por el lado de aquél, *vates*. Ennio nos propone en cambio *dicti studiosus* (como conocimiento real de la materia lingüística) y los *Musarum scopuli* como ascenso por una inspiración que es también conocimiento articulado y preciso. En otras palabras, *vates* es la oscura conmoción que colma de sentido insólito profericiones advenidas como sacudimiento de una deidad; *poëta* en cambio sigue un itinerario, requiere un saber, exige una atención. una *sapientia*. A estas reflexiones podrían referirse los dos hexámetros frag. 229-230: el poeta colmado por la disciplina rigurosa de este saber, comienza a delinear a Sophía en sus sueños[54]. *Vates* es silvestre, natural, arcaico, telúrico (como *faunus)*; poeta es *sophós, dicti studiosus*, inspirado por la Musa, lo que significa elegido para un itinerario a cumplir. Es Virgilio quien ha de revertir la peiorativa recognición de *vates*, para sobrecargar el vocablo de un cierto fervor sacro, de una cierta reminiscencia de valores mánticos absolutos:

*et me fecere poëtam*
*Pierides, sunt et mihi carmina, me quoque dicunt*
*vatem pastores; sed non ego credulus illis*[55]

Desde este momento (año 42) comienza una densidad gloriosa para el término. Horacio, los elegíacos, lo harán signo de una altísima condición, sacra y estética al mismo

52 Cf. HELLFRIED DAHLMANN, VATES, en *Philologus*, XCVII, (1948), pág. 337-353. ERNST BICKEL, VATES *bei Varro und Virgil*, en *Rheinisches Museum* XCIV, (1951), pág. 257-314. Sobre *Faunus* cf. W. OTTO, en RE. s.v. col. 2054/sgs., en part. col. 2058. Cf. Serv. ad. *Aen.* VIII. 314: *hos faunos etiam fatuos dicunt, quod per stuporem divina pronuntiarent.*

53 DAHLMANN, *loc. cit.* pág. 337-340.

54 Frag. 229-230 WARM. *nec quisquam sophiam sapientia quae perhibetur in somnis vidit prius quam sam discere coepit.*

55 Egloga IX. v. 32-34 [Y a mí también me hicieron poeta las Piérides, también se me dan poemas, y también me dicen *vate* los pastores, pero yo no les creo]. Cf. además *Egloga* VII. v. 25-28.

tiempo, mientras Tácito, en su *de oratoribus* excede al poeta en el vate[56]. No oculta Tácito, en este momento de su diálogo, al contraponer orador y poeta, la resonancia virgiliana y elegíaca de su reconstrucción[57].

De cualquier modo ¿qué siente Ennio en esa disyunción; qué discrimina en el poeta *philologus;* qué horizonte clarificado y patente aduce en la "palabra", forjado por este *studiosus,* en este ascenso por las quebradas alturas de las Musas? O sea, en definitiva, ¿cómo siente Ennio el límite transfigurador de la palabra poética? Creo que éste es el problema más importante en el relegamiento de *vates, faunus* y metro saturnio: un linde no recortado por el arcaísmo penumbroso, no afincado tampoco en una función proferente salvífica, mágica o cultual, no emergente de los trasfondos telúricos de los bosques poblados de rumores pánicos, de las soledades que se adensan de pronto en misteriosas voces admonitorias o sentenciosas.

Distinguiríamos entonces según la experiencia y resolución de Ennio dos momentos diferentes en la palabra totalizadora y develante. Los llamaríamos el momento faúnico, silvícola, adivinatorio cultual, de profericiones indiferentes al rostro del mundo y del hombre, sobre todo del hombre romano que impone su sello al contorno ancestral de la natura: un surco, un arco, un puente, un camino, una ley, una institución, una alianza, una guerra, etc. Y luego el momento estético-musical (en el doble sentido: propio del *mousikós anér* y colmado de un ritmo congregante y entrañable), ostensible en el sentido general de una sentencia articulada; fáctico, pero que penetra los misteriosos lindes de relaciones no incoadas por el mundo; emergente del hombre que lo conlleva y despliega, pero en un libre espacio de relaciones multívocas, capaces de contener la expectativa, pero de abrir también el gozo de una secuencia no insumida en la natura.

Si prolongamos esta distinción, Ennio propone en el recuento de *vates* la función cultual y salvífica de la palabra, el ritmo entusiástico del vidente, la fórmula deprecatoria o iluminante, el contexto aun sobrecogido de un rústico horizonte, colmado todavía de susurros preternaturales. *Vates faunus, fatuus* es posible estén ligados a complejas reminiscencias arcaicas indoeuropeas-itálicas: *vates,* la función develadora del hombre en la comunidad ritual; *faunus,* el espíritu de la natura, palabra audible en la presencia de esos *numina* silvícolas; *fatuus,* el estado de impetuosa fluencia de la palabra, advenida como el misterio de una consagración o de una penumbra revelatoria. En cambio *poëta, studiosus dicti,* que entrevé a Sophía en sus sueños inacabados; que lentamente asciende los *scopuli Musarum,* para alcanzar de otra manera las profundidades hespéricas, el dorado fruto de la coronación musical. Si Hércules limpia la tierra de las contradicciones titánicas y tifónicas, y sus trabajos, sus *aerumnae* lo conducen al fin al sagrado espacio hiperbóreo; si los *fortes Romani,* según indeleble fuerza empírica acontecida al poeta, enfrentan las oscuridades púnicas en una terrible contienda, él, Ennio, proclama antes que todos los poetas occidentales no helénicos, el otro territorio sagrado, jardín de las Hespérides beatíficas, que adviene en el misterio de la palabra entreabierta por el rigor estético, en

56 Ed. ANDRE CORDIER (Paris, Garnier, 1934). cap. IX: *egregium poëtam, vel si hoc honorificentius est, praeclarissimum vatem.* (pág. 18).

57 Cap. XII: *Nemora vero et luci et secretum ipsum, quod Aper increpabat, tantam mihi afferunt voluptatem, ut inter praecipuos carminum fructus numerem* [...] *Haec eloquentiae primordia, haec penetralia;* [...] *ceterum felix illud aureum saeculum, et oratorum et criminum inops poetis et vatibus abundabat, qui bene facta canerent, non qui male admissa defenderent* (pág. 26).

el ritmo fundante que saca al mundo de su mostrenca inhabitación fenoménica y lo trueca en marco de la coronación apolínea. Un algo de Dante y Petrarca se anticipa en Ennio; un algo de Ennio, en misteriosa recurrencia, estremece el fervor del romance itálico, en los nuevos sueños de Sophía, en los nuevos ritmos que acompasan el mundo. Por eso SILIUS ITALICUS nos propone una imagen de Ennio, soldado y poeta, protegido por Apolo y las Musas[58]:

*sacer hic ac magna sororum*
*Aeonidum cura est et dignus Apollinis vates,*

curiosamente incluido esta vez en el límite con que Virgilio ha acrecido el valor de *vates* *Ennius vates* es un buen ejemplo del contrapuesto resultado de una historia espiritual compleja, de una relectura del pasado, determinada sin embargo por la emersión latina del sentido estético en la palabra lírica y por su nítida separación en cuanto a otras funciones mánticas rituales. Pues, no cabe duda, SILIUS ITALICUS siente, sin confusión posible, la estricta recognición musical y apolínea, elegida por el antiguo poeta mesapio. Esa misma atmósfera, luego de vastos siglos de profundas remociones, reaparecerá en la exaltación que Petrarca confiere a la figura de Ennio en su poema épico latino *Africa,* en particular en el comienzo del libro IX, en el expresivo diálogo entre Escipión y Ennio[59]:

*tantum ore resolve*
*si tibi nascenti, quo polles, summus Apollo*
*ingenium caeleste dedit, si turba dearum*
*castalio infantem demersum gurgite lavit*
*Elicone sacro, collesque eduxit in altos*
*et calamum et vocem tribuit mentemque poëtae.*

Conviene recapitular ahora nuestro tercer giro discursivo. En el paso del siglo III al siglo II en Roma se cumple el alumbramiento musical de la palabra, en una doble dirección, rítmica y semántica, y según un doble movimiento que relega y asume. Ennio ocupa indudablemente el centro de este denso acaecer espiritual, precedido y seguido por otros escritores y poetas, sin duda, pero atenido él de modo explícito a una conciencia peculiar inconfundible. En el proemio general de los *Annales,* el decoro olímpico de las Musas y la presencia de Homero ubicaban al poeta en la estirpe apolínea; en el proemio del libro VII la reflexión sobre *vates, faunus* y Musas profundiza el empeño estético de la palabra, la reordena y reabre según la indefectible Sophía que con rasgos misteriosos acude a la mente del poeta y lo dirige en el itinerario de ascenso. Tal vez es la sophía pitagórica, expresión de un logos iluminante y ordenador al mismo tiempo, refugio para un *otium* que permite inteligir la guerra, y con ella el vasto descenso mítico-histórico desde la fundación de Roma. Pero es en el espacio de Roma donde esas mismas

58 *Bellum Punicum,* XII. v. 393-418 (Ed. J.D. DUFF, London, Heinemann, 1934). Cf. LAMARRE, *op. cit.,* I. Livre II. pág. 218-281; y FR. LEO, *op. cit.,* pág. 150-151.

59 PETRARCA, *Rime. Trionfi e Poesie Latine* (Milano-Napoli, R. Ricciardi Editore, 1951, pág. 690/sgs.). [ Que sea tu boca la que profiera, si es que a ti al nacer, por lo que es tu poder, el sumo Apolo te otorgó un ingenio celestial; si el coro de las diosas, en el sagrado Helicón, te bañó y sumergió, aún sin habla, en la fuente Castalia, y te condujo a los altos montes, y te otorgó la pluma, la voz y la mente de poeta] *Africa,* IX. v. 17-22.

energías (palabra, musa, sophía, poeta) transforman la antigua secuencia de reyes, estirpes, figuras, las antiguas *aerumnae* míticas en la diáfana dispensación lírica que en el relato las pliega a un eje telúrico hiperbóreo. Las Musas articulan como figuras míticas el decoro de la poesía apolínea, siempre reservada a los que ingresan de algún modo a esos niveles hierofánicos; sophía instaura el vínculo de un saber esforzado y concreto que permite replegar las oscuras tensiones fáunicas y conquistar la sagrada articulación del sentido imperecedero, purificado de las ocasionales sentencias de los vates. La palabra en fin y la palabra poética resultado y recurso de aquella *sapientia* y de aquella musa instaura ahora por ella misma no sólo una organicidad superior (lo que pertenecería a su nivel estético), sino que reabre y corona la organicidad del mundo, que encuentra en ella el linde de su puntual perfección. La línea mítica que conduce a Roma, las *aerumnae* de Hércules, Ilia, Rómulo y de todos los héroes hiperbóreos, se explayan e historifican en la ciudad. En ella acontece el centro de referencia fundacional, que ha de desplegarse en sucesivos lapsos de una historia abierta, dispuesta a ser incorporada a la palabra, palabra que redimensiona el decurso inasible de los siglos cancelados. La Palabra no sólo sustrae del olvido, sino que además los colma y los devela, como si en ellos la virtud apolínea, la energía musical, o sea, la potencia instauradora de las Musas, cumplieran un ciclo no advenido en el reino teogónico y mítico que precedió. Ennio siente esta inescindible pertenencia, por la que los siglos romulídeos, los siglos de Roma que se funda, y los siglos apolíneos, los siglos de Roma devuelta a sus orígenes hiperbóreos en la palabra del relato poético, abren la instancia de otras fundaciones, no acontecidas en el mito. En aquellos trasfondos Roma es fundación cósmico-heroica; en esta resonancia de la palabra, la fundación musical que la corona en otro ritmo significa como ya he sugerido el alumbramiento de una historia de tensiones universales, abierta y recapitulatoria. El poeta ocupa aquí el centro de todas las referencias semánticas, que se abisman según el rigor de Sophía, según indeficiente lumbre de la palabra, en la total revelación del hombre, porque allí se anticipa y prepara la total revelación de Dios.

## V

Debemos anudar ahora los hilos dispersos de este discurso filológico y retornar a aquel punto que habiendo sido origen de nuestra meditación, define en realidad la categoría peculiarísima del gran poeta arcaico de Roma: Ennio, poeta fundante. Hemos desentrañado en tres capítulos significativos el contexto fenomenológico de su obra, el horizonte interpretativo de sus niveles poéticos y los densos trasfondos pitagóricos de una filosofía de la palabra que nos ha llevado al linde teológico en aquella inferencia, ya sugerida: la total revelación del hombre para que advenga la total revelación de Dios. Pero ahora es preciso subir a una consideración recapitulatoria, donde se insuman las tres vías y sus conclusiones críticas, para entrever el nivel inconfundible de Ennio. Nosotros resumimos ese nivel precisamente en su categoría de poeta fundante. Veamos pues este último momento de nuestra exploración.

Es propiedad de la palabra mentar, profundizar, clarificar. Pero el positivismo lingüístico y filológico, luego el materialismo dialéctico y en fin las inferencias del estructuralismo contemporáneo reducen la palabra a un fenómeno de interacciones indiferentes. No pueden pues explicar ni el *sensus* lingüístico ni mucho menos el *sensus* del lenguaje poético, en que se resumen de modo recapitulatorio e innovante al mismo tiempo todas las categorías, espacios originarios y culminaciones iluminantes de todo

lenguaje. Según estas referencias podríamos inducir la siguiente ley: un despliegue lingüístico histórico cumple la totalidad de las recurrencias significantes en su lenguaje poético, que sin embargo trasciende los desarrollos empíricos propiamente dichos. Esta ley tiene su corolario, a saber: un lenguaje que no accede al nivel del lenguaje poético presenta un campo restringido del *sensus* lingüístico y está destinado a desaparecer. Según estas premisas teóricas, discutibles desde luego, confrontemos nuevamente la coyuntura de Ennio en la frontera del osco y del latín y revisemos en otro sesgo el significado espiritual de su obra, significado que nosotros designamos con vocabulario renovado potencia fundante.

Las investigaciones modernas llevarían a la conclusión que en el mítico indoeuropeo el lenguaje poético pertenece a sus formas originarias, más aun que integra arquetipos originantes desde los cuales la historia lingüística se puede entender como una perduración metamórfica, como una *katábasis* que extingue, como una reasunción que reabre los espacios poéticos y reconquista aquellas formas. La historia del griego sería el ejemplo más nítido de lo que llamo perduración metamórfica, y por ello el lenguaje poético griego es el modelo *kathexokhen* en esta historia milenaria. La lengua que nos revelan las tablillas cretenses o las inscripciones oscas representarían el último estadio de aquel ritmo de *katábasis.* En cambio en el latín encontraríamos el paradigma de reasunción de aquellas formas originantes, reasunción que vence la *katábasis* e inicia un nuevo ciclo de manifestación lingüística. Ennio ocuparía precisamente en este horizonte de reasunción la categoría de órgano lingüístico, en tanto su lenguaje reacomoda los espacios lingüísticos y su recepción de la realidad; articula una denotación en que ésta, la realidad, no insume al hombre romano sino que le abre fundamentales pasajes a totalidades inesperadas; e ilustra una semántica que no obedece ya sólo al mostrenco territorio de lo advenido de modo fortuito, sino que explora en los trasfondos de la memoria lingüística lo que sería el destino de toda lengua poética: construir el hombre por encima de los espacios de la natura. La elección de Ennio en la frontera del osco y del latín y en el contacto del latín y el griego es el signo inicial de esa reapertura; el vínculo entre mito e historia el signo que consolida aquella rememoración; y el despliegue connatural de sus espacios líricos define, en el ritmo del hexámetro, la victoria de la poesía, en tanto coronación lingüística sobre los ecos indoeuropeos-itálicos de un *substratum* mántico de los bosques y repliegues montañosos. Aquella mántica hunde la lengua en la natura, este horizonte poético en cambio la torna espejo de una revelación del hombre. Si aceptamos esta doble premisa, o sea la que se refiere a la historia generalísima para el decurso del lenguaje poético, por un lado, y a la ubicación del latín y de Ennio en esos *ricorsi* de reasunción y reapertura, por otro, podríamos entender mejor la categoría de poeta fundante, con que parece presentársenos el viejo poeta mesapio.

En primer lugar entonces es fundante en el estricto sentido lingüístico, otorgado al esquema de reapertura o reasunción, la que comporta por un lado remoción de los obstáculos lingüísticos del contorno, por otro lado reencuentro y articulación de la energuía lingüística arcaica. Mientras el osco y otros dialectos itálicos seguirán el rumbo de *katábasis,* los fuertes contactos lingüísticos del latín reavivarán aquella reapertura de lo originario y la lengua romana conquistará espacios no acontecidos en los períodos precedentes. Pues el lenguaje poético implica por cierto la categoría personal del poeta, tanto como el lenguaje coloquial supone la categoría del pueblo o comunidad que lo ejerce. Pero en el caso de Ennio estas dos direcciones del latín acontecían, como ya vimos, en un panorama sumamente complejo y lábil, que subraya de modo notable el sentido estético-lingüístico de la obra misma de Ennio y sus consecuencias ulterio-

res en la historia de la lengua poética latina. No se trata pues de una mera coyuntura que destaca la figura de Ennio, sino más bien de un linde en que decurso histórico de la lengua latina e intuición lingüística de reasunción y, reapertura proponen en el poeta una nítida conciencia personal, de la que quedan testimonios inequívocos en sus fragmentos.

Alcanzaríamos así un segundo grado en la connotación de fundante, en cuanto por encima de la coyuntura del latín en los siglos III y II a.C., la personalidad de Ennio, criada en fronteras lingüísticas de extraordinaria significación espiritual, decide la fundación o la revocación de espacios lingüísticos, e imprime a la lengua una energía renovada en sus recursos, diáfana en su recepción profirente, abierta para nuevas instancias que se implican en la propia historia del pueblo romano.

Un tercer grado específicamente lingüístico denota el vínculo de espacio narrativo y ritmo hexamétrico, lo que desenvuelve en el arcaico latín ancestrales interacciones rítmicas del indoeuropeo. Aquí por cierto se manejan esquemas positivistas tenaces, absolutamente impropios para definir, caracterizar y entrever una realidad *lingüística* como el hexámetro. Esos esquemas comportan por lo general una doble confusión: la primera referida a la naturaleza misma del hexámetro griego; la segunda a lo que la filología desde el siglo XIX consideró imitación por parte de Ennio. No es este el lugar para dirimir tan complejas cuestiones críticas. Solamente conviene puntualizar, aunque sea como premisa teórica, que tales presunciones no describen ni explican nada real; ellas son en conjunto traslado de una filosofía del lenguaje, la que a su vez resulta escolio de una filosofía a secas. Me permito pues apartar las dos direcciones del esquema antedicho y plantear la posibilidad de que el reencuentro del espacio hexamétrico no sea tanto una imitación como un descubrimiento de las energías rítmicas del indo-europeo, receladas en el latín y extinguidas tal vez en otros horizontes dialectales. En otras palabras, el tercer grado en la característica de poeta fundante aludiría a la profunda originalidad del oído de Ennio, en siglos en que la memoria del oído ancestral pasa por una crisis definitiva para todos los dialectos itálicos. Sería éste por cierto el testimonio empírico más notable del pitagorismo de Ennio, un pitagorismo bebido en fuentes no sólo eruditas, sino quizá en el contacto con los últimos restos de las comunidades pitagóricas en el sur itálico. Y basta recordar la importancia que tienen en Pitágoras Musas, música, ritmo y logos unificante[60] para comprender que Ennio, como una suerte de Empédocles latino, no se atiene a pormenores externos de recursos helenísticos, sino que recupera instancias fontales, ausentes en Nevio o Plauto: en el primero porque se adscribe precisamente al espacio rítmico del saturnio; en el segundo porque la extraordinaria fuerza del latín coloquial lo aparta forzosamente del eje apolíneo-hiperbóreo y lo finca de modo notable en las calles de la vieja Roma, en el contorno rústico sobrecargado de anécdotas sorprendentes, en la psiquis de un hombre, comprometido precisamente en ese trasiego de cosa y lenguaje, que implica una construcción del mundo al margen de la memoria mítica.

En el oído de Ennio pues renuévase el último fulgor del pitagorismo no como ciencia de las totalidades cósmico-antrópicas, sino como experiencia de un ritmo fundante, en un delicado discrimen auditivo que alcanza nuevamente en el hexámetro las raíces misteriosas de la existencia musical. De esta manera pues desde el punto de vista estrictamente lingüístico discerniríamos tres rasgos que integran lo que consideramos niveles fundantes en Ennio. En primer lugar, por emerger en él de modo explícito las tensiones

60 Cf. C. J. de VOGEL, *op. cit.*, pág. 60/sgs.

del lenguaje poético indoeuropeo, tensiones no sólo arcaicas sino originarias. Luego, en un segundo motivo, hemos destacado la conciencia poética, que en esa coyuntura lingüística explora, decide, revoca, reasume y crea. En fin, como tercera dispensación, advertimos el oído pitagórico de Ennio, en el que se insumen vastas modalidades rítmicas no acontecidas en el latín. Se abre así una notable recurrencia de lo originario, que se torna en dispensación originante en los procesos ulteriores del latín, cuyas repercusiones lingüísticas ocuparán entonces los próximos milenios.

Conviene también precisar otras correspondencias fundamentales que confirmarían estas presunciones críticas referidas más bien a las instancias lingüísticas. Pero no caigamos en la ingenuidad de separar pueblo y lenguaje, estirpe y concreta dirección de la energía lingüística, o de ignorar la recurrencia entre lengua e historicidad, entendida no como un sistema de premisas presuntas o inducidas, sino como organicidad semántica totalizadora y abierta. Pero, claro está, el vínculo de poesía y conciencia histórica es un tema controvertido y se presta a interpretaciones discutibles. Sin embargo desde Vico hasta las sistemáticas relecturas modernas de una realidad en que lenguaje y poesía cubren un vasto espacio de presunciones creativas, recapitulatorias y condicionantes, el problema del contenido histórico de una cultura es inseparable de los motivos estrictamente lingüísticos, y éstos a su vez según hemos postulado para el indoeuropeo alcanzan su máxima densidad en la naturaleza de la palabra poética. ¿Cuál es en este sentido la relación entre Ennio y el contenido concreto de la romanidad, entendida como una peculiar construcción y expresión del hombre? En esta perspectiva revertimos la categoría fundante al motivo de una emersión humanística, donde la poesía cumple una vía de revelación, ilustración y consolidación, tanto como en el orden physico o cosmológico el soplo de la voz cargado de sentido cumple a su vez un itinerario de desocultamiento e interiorización. No hay por cierto ningún hiato entre estos dos niveles, pero las concepciones positivistas, materialistas y funcionalistas obligan a distinguirlos para articular mejor el carácter de la palabra como órgano de intermediación histórica, como destino cíclico de toda creación intramundana, como lumbre que revierte en esa intermediación o en esos ciclos la pura vibración del *sensus* absoluto. Pero ¿qué cosa es este *sensus*, y en él, qué ámbito distiende o congrega el *sensus* poético? Desajustaríamos el marco de este estudio, si explayáramos estas cuestiones filológico-lingüísticas, que atañen a una filosofía de la palabra. Pero es suficiente su enunciado escueto para disponer un trasfondo crítico, contra el que debe trasncurrir esta segunda connotación de Ennio, poeta fundante, en la medida de una radicación en la conciencia histórica Romana.

A lo largo de nuestras indagaciones anteriores hemos advertido los signos más importantes de esta notable cuestión, a saber: 1)un griego mesapio que en las complejas fronteras lingüísticas itálicas, se decide con el latín y decide el curso rítmico del latín; 2) encuentro de Ennio y Catón en Cerdeña; 3) residencia de Ennio en Roma, amistad con los Escipiones y consagración poética de su vida; 4) amistad con los Fulvios y participación en la guerra etólica, que parece culminar su vínculo con el patriciado romano y su participación en la segunda guerra púnica; 5) meditación de los orígenes de Roma y vínculo entre saga latino-troyana e historicidad abierta; 6) concepción de un centro de referencia, que anuncia un ritmo universal. Todos estos signos son fundamentales, por cuanto aducen nítidamente no sólo un itinerario biográfico, sino una profunda interacción entre la Roma que emerge de los sacudimientos del siglo III, el latín que afirma su despliegue lingüístico frente al griego, etrusco y osco, y la figura concreta de Ennio, desde cuyos fragmentos podemos reconstruir críticamente el vínculo de poesía y cultura.

Ahora bien, ese vínculo no es desde luego la mera relación instrumental, extrínseca entre una "palabra" que se sobrecarga de valores no coloquiales y el decurso fenoménico de lo que la historia positiva entiende por cultura. Por el contrario aduce una razón causal entitativa por donde poesía y cultura son términos complementarios, según una organicidad difícil de discriminar, pero no por ello menos real. Veríamos en tales perspectivas otras condiciones de la categoría fundante, referidas no a la lengua en su estricta dimensión semántica, sino a la instalación del hombre romano que solemos considerar como *homo conditor*. Tales condiciones comportarían tres vías diferentes de realización: la que se abre por la *virtus* al contexto del Estado Romano; la que se expande por la incorporación de lo ahistórico en lo histórico, que llamaríamos con un término típicamente latino la vía de la *animi cultura,* y que genera para occidente el sentimiento orgánico de la cultura; en fin la que se consolida como un humanismo de la tierra, lo que Virgilio llamará *iustissima tellus*[61], pero que requiere un hombre solidario, que en los dos requisitos ciceronianos *consensus iuris et communio utilitatis* establezca los cimientos de otras fundaciones que no conocieron los griegos. Basta comparar estas perspectivas abiertas en la poesía de Ennio, en un siglo de dramáticas confrontaciones, con el texto del tratado *de re publica,* de Cicerón[62], escrito en otro momento de especial culminación de la conciencia política en Roma, para advertir la importancia del viejo poeta salentino. Aquí la categoría fundante explora, profundiza y explaya lo que está en la raíz del fenómeno "romano" en el siglo III a.C., que a la luz de nuestra interpretación de Ennio sería el principio decisivo en la construcción de una historia universal. En qué medida el alumbramiento poético de Ennio, con la significación propuesta en nuestra indagación filológica, ha contribuido a alumbrar en Roma aquel principio, oscuramente actuante en los hechos mostrencos, resulta por cierto una cuestión difícil de dirimir. Sin embargo, si no entendemos la relación entre poesía y cultura o historicidad, perdemos simultáneamente los trasfondos creativos que recela todo lenguaje poético, y más aún perdemos la significación metafísica del vínculo entre lenguaje y realidad.

Y finalmente la herencia de Ennio a través de Cicerón y Virgilio y sus sucesores abrirá para los siglos romanos, románicos, romances el área de la existencia poética, que en las lenguas heredadas del latín instaura otros espacios de plenificación absoluta. Ennio es en este aspecto el trámite forzoso entre los orígenes relegados del indoeuropeo-itálico y la pura vibración lírica de Dante, Góngora, Mallarmé, mientras que en la doble interacción que surge en el linde románico-germánico resulta sin duda junto con Virgilio forjador de la grandeza de Europa, de eso que es Europa inderogable.

61 VIRG, *Georg.* II. v. 458-460. *O fortunatos nimium, sua si bona norint agricolas! quibus ipsa, procul discordibus armis, fundit humo facilem victum iustissima tellus.*

62 ed. K. ZIEGLER (Lipsiae, Teubner, 1955), en part. Lib. I. Las dos condiciones citadas anteriormente corresponden a la definición ciceroniana de *res publica,* I. 25.39. Es sabida la importancia que tiene este tratado, junto con otros del mismo Cicerón (v. g. *de divinatione),* para la tradición indirecta de los textos de Ennio. Cf. por ej. en el mismo Lib. I. 41.64 las citas sobre la muerte de Rómulo (Frag. 117-121 WARM. *Annales,* Lib. II).

CARLOS DISANDRO

## ENNIO, FOUNDING POET

In the first part of his work, the author intends to reconstruct that spiritual physiognomy of Ennio, which apparently turns him connatural with the Roman world and that could be considered as the cause of a decisive sympathy between the poet and Cato, in the famous and stimulating encounter of Sardinia. Some excerpts, commented according to that reconstructing motif and that spiritual dimension, some Latin terms and some important images would provide with an interesting point of departure in order to perceive intuitively the originating condition of this poetry, as a discovery of the Roman man, by a Mesapio Greek, educated in Tarentum.

At the same time, it must be emphasized what the Osco-Latin crash in the linguistic frontier of centuries III and II b.C., could have meant to Ennio. Being himself founded by this frontiers, he will found, in turn, an expansion ignored by the Latin language, a reopening of its ancestral semantics, with invaluable consequences, till Cicero and Virgil's period. Following, to a certain extent, some interpretations of G. Devoto, the author supposes two main conditions in Ennio's Latin *regeneratio:* his confrontation with the Etruscan frontier and his poetical marginal comments on the glorious linguistic past of the Hellas. The author supports these premises by means of a comment on the pasage transmitted by Aulo Gelio, with respect to the three languages owned by Ennio, as if they were three hearts.

From this point of view, two motifs are in the investigatory line of the work: 1) the election of the hexameter, or better say, the definite creation of the Latin hexameter; 2) the link between myth and history, as something deeper than a mere matter of rethorical construction or epic composition. The two matters are wisely reexamined by the construction or epic composition. The two matters are wisely reexamined by the author, in order to induce other relevant characteristics, specially in relation to the thesis propounded by the work, namely, Ennio, *founding* poet.

Then the critical discourse comes to formulate an inquiry of the *Werkimmanenz;* that's to say, the reconstruction of some immanent poetical values, which are not mixed up with the period environment, nor they necessarily come from the character of the literary sources, known or managed by the poet. This consideration is exemplified by his own translation to Spanish and by the accurate comment on some important passages, among which two texts deserve a special attention and analytical accuracy: 1) Ilia's dream; 2) the establishment of Rome.

The essay's concern is then about the problem that sets forth the value of the poetic word in Ennio's conception. Two important texts are read again critically by the author: the proem of the first book of the *Annales,* and the proem of book VII. From that study, Ennio's point of view as a *poet, philosopher,* and *philologist* would emerge. The antithesis *bard-poet and* its consideration, occupies a fundamental section of the work, and it would result in the hermeneutical clue to reopen the discussion on Ennio's lyrical consciusness and on the effect his founding word on his work.

As a conclusion, from all those cords that outline a renewed investigation of the poetical sense in those venerable passages, the remarkable figure of the artist, and a remarkable poetical consciusness in a trascendental time for Rome would emerge.